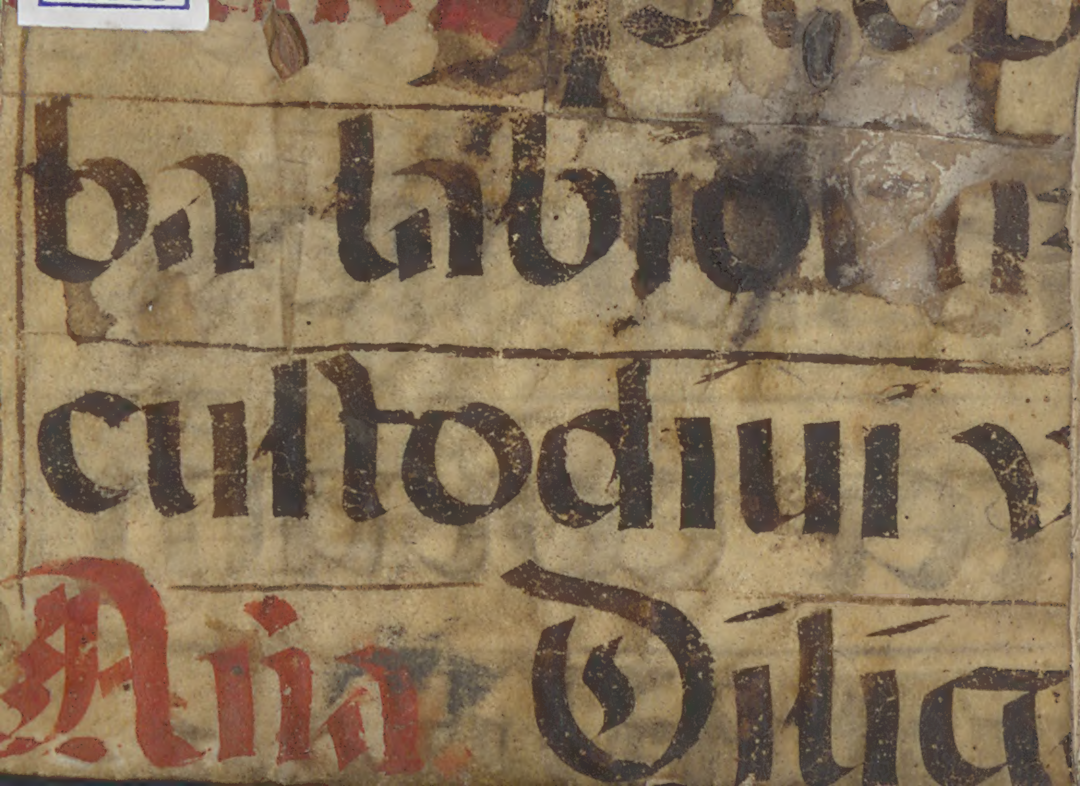


ba labior
custodiui

rito don Jose Siman, á quien el ministerio declaró inhábil para obtener empleo público, porque no se plegaba á falsear las elecciones?

— ¿Continuará d[illegible]ñando contra las leyes y la opinion pública el doméstico capellan del señor Rodil canónigo de Avila, don Manuel Eusebio Lopez Zango, que tanto ha llamado la atencion por sus manejos en la comision de las elecciones de la provincia de Avila en favor de la candidatura de su protector, el empleo de *secretario contador de la obra pía de Jerusalen*? y ¿pidiendo limosna el benemérito patriota el *Estudiante del dos de mayo* con mas méritos, mas saber, mejores antecedentes públicos, y con mas derecho y justicia que aquel para desempeñar dicho destino?

Idem 15.

De Perpiñan con fecha 1.° de mayo escriben á la *Corona*.

En esta no hay novedad: tan solo han sido

ellas, tanto para gobierno [illegible], como para que sirvan de pauta á sus dependientes.

El gobierno desea que todos en la provincia se penetren de que, si bien los empleados por serlo no pierden ni deben dejar de ejercer el precioso derecho de votar, este derecho como particulares no debe extenderse á hacer valer en lo mas mínimo su carácter de empleados para coartar la libertad de los electores; y que estos, cualquiera que fuese su opinion, hallarán en las autoridades y en todos los empleados la misma acojida, igual imparcialidad y tan pronta satisfaccion á sus justas reclamaciones como si no hubiera habido la menor discordancia en las operaciones electorales.

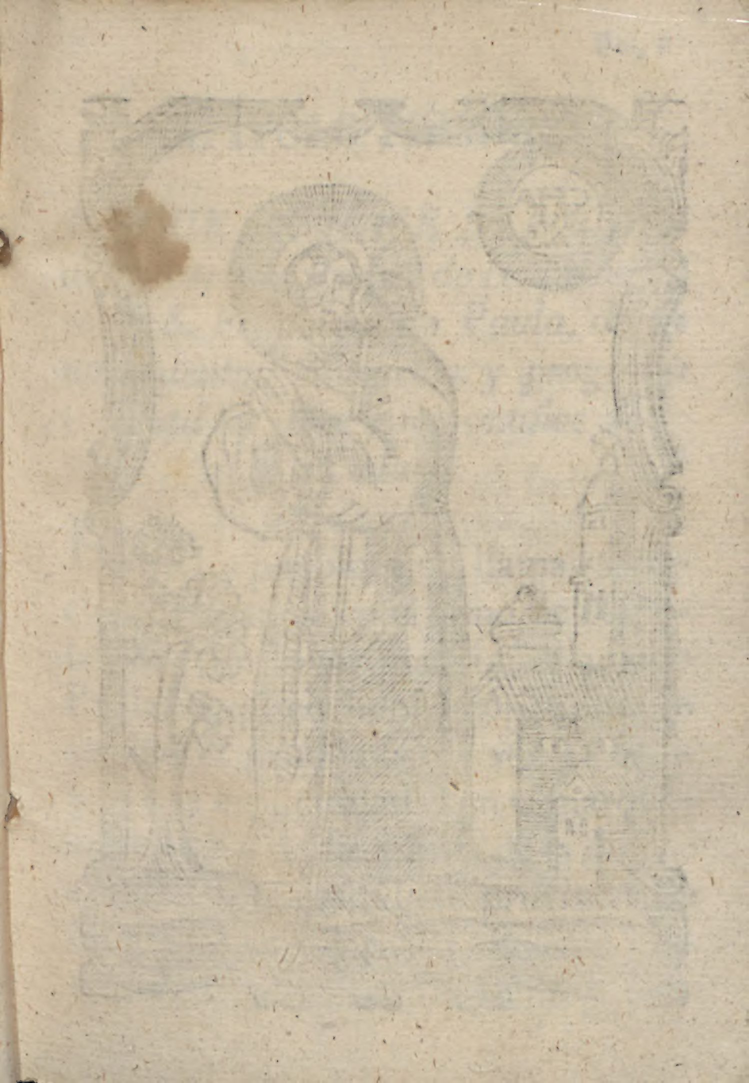
Decidido el gobierno á llevar adelante este principio, que es el de la ley y la base de todo sistema representativo, separará de su destino, sin la menor consideracion, á todo gefe ó empleado subalterno que abusase de él para ejercer una influencia ilejítima en

COMPENDIO
DE LA VIDA, Y MILAGROS
DEL GLORIOSO PATRIARCA
SAN FRANCISCO
DE PAULA,

FUNDADOR DE LA SAGRADA Religion de los Minimos, recopilado de la Cronica general de la misma Religion, que sacó á luz en Madrid el R. P. Fr. Lucas de Montoya, año de 1790.

Por el P. Fr. Mateo de Pinedo, Hijo y Morador del Convento de nuestra Señora de la Victoria.

SEVILLA:
Imprenta de Hidalgo y Compañía.
Año de 1823.




CHA
RI
TAS

CAPITULO PRIMERO.

EN QUE SE HACE RELACION dela patria y Padres de Nro. Glorioso P. S. Francisco de Paula, de su nacimiento, educacion y progresos hasta los diez y nueve años de su edad.

Entre los pueblos que llaman Brucios y Lucanos, en el reino de Nápoles, hay un lugar marítimo llamado Paula, á quien honró con título de ciudad el prudentísimo rey D. Felipe II, la cual ciudad es en el marquesado de Foscaldo, y dista de la de Cosencia (metrópoli de la provincia de Calabria) una jornada. En esta ciudad vivian Jacobo Martolilo y Vie-

na de Foscaldo, personas solteras, mas ricos de virtudes que de temporal estimacion; porque aunque el Jacobo descendia del antiguo y noble linage de los Martolilos, originarios de la ciudad de Cosencia, y su muger venia del no ménos noble y antiguo de los Folcaldos de Paula, ya con la variedad de los tiempos habian venido á mas pobre, y humilde fortuna, que sus ante pasados. Dispuso nuestro Señor, que siendo los dos tan semejantes en las virtudes, edad y linage, se casasen en Paula el año del Señor de mil y cuatrocientos. Vivieron juntos con gran egemplo, y edificacion de sus prógimos, por tiempo de diez y seis años; y aunque contentos con su humilde estado en la labranza de algunas posesiones que tenian, no deja-

ban de pasarlo con algun desconsuelo por no haber tenido hijo alguno de su matrimonio; y asi, suplicaban á nuestro Señor, por medio de muchas oraciones, y buenas obras, que (si convenia) se sirviese darles fruto de bendicion, tomando por intercesor al glorioso Patriarca S. Francisco de Asis, su particular devoto, á quien prometieron, que si Dios les daba un hijo, le llamarian de su nombre. Fué nuestro Señor servido de oir sus ruegos, de suerte, que á poco tiempo, se sintió Viena preñada con increible alegria de ella y de su marido. No cesaban de alabar á nuestro Señor por este favor, y tambien por haber tenido noticia de algunas personas fidedignas de su vecindad, que cierta noche (que juzgaban ellos seria de la concepcion de la

criatura) se habia visto un resplandor y claridad admirable en su casa, que duró largo espacio de tiempo.

Llegado el dia del dichoso parto de Viena, y habiéndose dispuesto para él por medio de la santa confesion, y comunion, parió felizmente al deseado hijo, con gran gozo suyo, y de todos los de su casa, parentela, y vecindád, el año de mil cuatrocientos y diez y seis. Pusieronle en el Bautismo por nombre Francisco, como sus Padres se lo habian prometido al Seráfico de Asis: crióle su madre á sus pechos, comunicandole con la leche nobles inclinaciones; pero á pocos meses de la edad del Niño, templó Dios el gozo de sus padres, por habersele hecho en un ojo una peligrosa postema, de que temió le perdiera con la

vida, por venir acompañada de una ardiente calentura; lo cual recelando su piadosa madre, acudió luego á Dios á pedirle el sobre natural remedio, viendo no aprovechaban los humanos. Llevó al niño á una Iglesia, y con devotas oraciones y tiernas lágrimas suplicó á nuestro Señor, que pues se le habia dado por liberal misericordia, tuviese por bien de guardarsele, para que se criase y emplease en su santo servicio; añadiendo á esta suplica otra promesa al Seráfico Padre San Francisco, ofreciéndole, que si Dios por su intercesion, se le guardaba, en teniendo edad se le llevaria á uno de sus conventos, para que en él, por tiempo de un año le sirviese, y á sus Religiosos. Hecho el voto se volvió consolada con el niño á su casa, y desde

luego fué esperimentando mejoria, porque milagrosamente se le fué resolviendo la apostema, y vino á quedar en breve sano de su enfermedad.

Desde los cuatro años de su edad le comenzaron á instruir sus padres en la doctrina cristiana y primeras letras y era tan cuidadoso, que aun cuando su madre (despues de haber aprendido su leccion) le decia se fuese á divertir con otros niños, él solia responder con notable humildad, que por ser su gusto iria; pero que por él se quedaria en casa leyendo, y haciendole compañia. Las veces que se juntaba con los niños á conversacion, y los veia traviesos, y que juraban, ó maldecian, se enojaba con ellos, los reprehendia con cordura y prudencia. Pasó la puericia con loables costumbres:

era su devocion tan notable, como la obediencia á sus padres: rezaba cada dia el Rosario de Ntra. Sra. (aun siendo muy pequeño) de rodillas, con tanta devocion, que provocaba á los mas tibios, á que le imitasen, y solia decir, que era grande descomedimiento no rezar el Rosario de rodillas; considerando que se hablaba con la Virgen nuestra Sra. Cuando ya mayorcito frecuentaba los Templos, oia las Misas y Sermones con gran devocion, comia muy poco y no cosas regaladas, y con este género de sustento, cuando llegó á edad de doce años, estaba tan corpulento, como si tuviera mucha mas edad. Desde siete años comenzó á egercitarse en algunas mortificaciones y penitencias: su ordinario dormir era vestido, sobre una tari-

ma. Invocaba de ordinario (con dulces alabanzas) á la Santísima Trinidad. Fué muy devoto de la Virgen Maria Nra. Sra. y solicitaba con continuas oraciones sus favores. Fuelo tambien mucho del glorio Arcangel S. Miguel, S. Francisco de Asis, y de S. Juan Bautista.

Siendo ya Francisco de doce años tuvo una noche vision en sueños en que se le apareció el glorioso S. Francisco de Asis, y asiendole de la mano, le dijo: Francisco di á tus Padres (de parte de Dios) que ya es tiempo de cumplir sus promesas. Egecutó el Sto. Macebo este mandato, y habiendolo conferido con sus Padres, determinaron el cumplimiento, y eligieron para ello el convento de S. Francisco de la ciudad de S. Márcos, cercano á

la de Paula. Acompañaron sus Padres á Francisco, dandole por el camino virtuosos documentos; exhortando su tierno espíritu á la perfeccion y santidad. Llegados al Convento (despues de haber hecho oracion en su Iglesia) comunicaron sus intentos, con el Padre Guardian de él, el cual teniendo ya noticias de las virtudes de Francisco, le recibió con grande gusto, prometiéndose felices dichas de tenerle en su compañia. Ordenó le tragesen un Abito y se le vistió, teniendo por cierto, que no solo por aquel año de la promesa gozaria de su compañia, sino por toda la vida. Puesto en egecucion lo referido, se despidieron tiernamente de Francisco sus Padres, y de aquellos devotos Religiosos, y con esto se volvieron á Paula.

Viéndose ya Francisco con la nueva librea de la casa del Seráfico Protector suyo, comenzó á mostrar muy de veras las muchas con que deseaba emplearse en el servicio de Dios, no perdiendo ocasion alguna, en que no procurase grangear nuevos merecimientos, con que ponia en cuidado á sus huespedes, porque le veian tan humilde y mortificado, que no sabia querer mas de lo que ellos querian supiese, procurando darse tan de veras á Nro. Señor que no veia cosa loable en otros, que no procurase imitarla, no perdonando trabajos, diciendose asi mismo lo del Apóstol San Pablo; mas me vale morir, que no que otro, que trabaje mas que yo, me lleve el premio.

Estando el Sto. Mancebo ocupado

en tan meritorios egercicios en aquel Convento, sucedió que enfermó el Cocinero de él, y discurriendo el P. Guardian sobre quien podria suplir su falta, queriendo hacer prueba de la humildad de Francisco, le ordenó á aquel ministerio; obedeciéndole el Siervo de Dios con gran prontitud, acudió á él: á pocos dias de su egercicio sucedió el caso, que fué habiendo madrugado Francisco vino á su ocupacion, y dispuesto lo necesario para guisar la comida, pareciéndole que era temprano, dejó la olla sobre la ceniza y fuese á rezar á una Capilla de la Iglesia miéntras era hora de encender lumbre para cocerla, pero puesto en oracion, en breve se alejó tanto de si mismo, que arrebatado de un profundo extasis, corrió toda la mañana,

y llegó la hora de comer, sin haber aplicado fuego á la comida. Entraron á este tiempo algunos Religiosos en la Cocina, y no hallando á Francisco, ni encendida lumbre, fuéron á buscarle, y le hallaron en su oracion tan elevado, y trasportado en Dios, que les pareció estaba levantado de la tierra no poca distancia: llamaronle, y volvió en sí tan encendido y hermoseado su rostro, que causaba admiracion. Reprehendieronle el descuido y oido por Francisco, dijo: La comida está ya aderezada, toquen á comer, que no faltará nada, Dios mediante. El Padre Guardian que conocia la bondad del Santo Mancebo mandó tocar. Sentados los Religiosos, no faltaron algunos, que habiendo entrado por curiosidad en la Cocina, vie-

ron, que el siervo de Dios Francisco tomó la olla del fuego (que poco antes no habia) y comenzó á distribuir la comida tan sazonada, como si toda la mañana hubiera gastado en aderezarla. Quedaron con este suceso admirados sobre manera, prometiendose mayores cosas en adelante de la santidad de Francisco; perocumpliendo el año de la promesa de sus Padres (no sin particular mocion del Espíritu Sto.) con gran humildad comunicó sus designios con el Guardian, y le rogó mandase llamar á sus Padres, para ir en su compañia á visitar el santo cuerpo del seráfico P. S. Francisco de Asis. Sintió mucho el P. Guardian semejante resolucion; mas juzgando, que los designios del Santo Mancebo iban encaminados á mas al-

tos fines, no quiso impedirlos: dió aviso á sus padres, y fuéron en breve por él. Dióles la bien llegada, y les pidió humildemente, que supuesto habia cumplido su promesa, tuviesen por bien de acompañarle á la referida estacion, lo cual oido por ellos, se lo concedieron con mucho gusto; mas el Guardian y Religiosos sintieron se les ausentase de su Convento mancebo de tan maravillosas esperanzas. No fué desagradecido Francisco á tan caritativo hospedage, pues arrodillado delante del Guardian, y demas Religiosos, les besó las manos, y pidió su bendicion, rogándoles le encomendasen á Dios: y dandoles sus padres gracias, por la caridad que con Francisco habian usado, se despidieron todos y se partieron para el Con-

vento de Sta. Maria de los Angeles, que esta una milla de la ciudad de Asis. Llegados, hicieron oracion en aquel Santuario, y habiendo el devoto mancebo Francisco dado gracias á Nro. Señor, por las mercedes recibidas, é implorando la intercesion y patrocinio de la Virgen Santísima y del Seráfico Padre S. Francisco de Asis, se volvieron todos muy consolados á Paula.

Estando ya Francisco en la casa, y compañia de sus Padres (siendo de edad de trece años) considerando los peligros del siglo y cuan bien le estaria para darse á Dios, huir de las ocasiones de él (inspirado por el Espíritu Santo) determinó retirarse á la soledad; y hallando una noche comodidad para ello, lo puso en

egecucion, dirigiendo su viage por las faldas del Monte Casino, donde á la vuelta de Asis, habia visto algunos devotos Ermitaños, que le habian dejado una santa envidia de imitarlos. Caminó hasta llegar á aquel sitio, y habiendo comunicado con los Ermitaños sus designios le dieron un Avito viejo y un escapulario, se lo puso, y ciñó con una cuerda de lana, y habiendo confesado y comulgado con gran devocion y suplicado á nuestro Señor dirigiese sus pasos, se retiró á lo interior de aquel desierto, para emplearse en las Divinas alabanzas, por el tiempo que su Divina Magestad le ordenase, pretendiendo imitar al glorioso S. Benito, de quien habia oido decir, que de edad de catorce años, dejando á sus Padres, se habia retira-

do al desierto, donde estuvo por espacio de tres años antes de comenzar á fundar su Religion.

Armado Francisco del Divino espiritu, estuvo en aquella soledad por espacio de seis años, mortificando sus pasiones naturales, con vida asperísima: yerbas y agua era su ordinario sustento, y á este rigor de vida añadia el de continuas disciplinas y oraciones. Armabale el enemigo engañosos lazos, ofreciéndole inconvenientes en la perseverancia; ya exagerandole el rigor, y falta de caridad de haber desamparado á sus Padres cuando segun ley divina y natural debia consolarlos y ayudarlos, procurando por estos y otros medios impedir sus espirituales progresos, mas todo le salia al enemigo en vano. Quien sabra

decir los dulces coloquios, que pasaban entre Dios, y este dicho Mancebo, sus extasis y arrobamientos, con que nuestro Señor le recreaba y como le iba instituyendo maravillosamente, para que fuese Padre de la Sta. Religion que habia de fundar?

Habiéndose empleado el mancebo Francisco en tan santas ocupaciones por espacio de seis años, queriendo Nro. Sr. que su gran luz no estuviese escondida entre breñas, sino que se manifestase á los hombres, para bien de muchos, le inspiró dejase el desierto y se volviese á Paula; y aunque le fué no pequeña mortificacion el volver al siglo, al fin, resignando su voluntad en la de Dios, lo puso en egecucion, y se volvió á casa de sus Padres. El gozo que recibieron con la

Francisco, viendo que ya tenia sitio sobre que comenzar su primer edificio y determinó recogerse (con dos compañeros que se juntaron) en una casilla que habia en un bosque, para comenzar á disponer los materiales; y para que todo fuese con bendicion del Señor pidió licencia para ello al Sr. Arzobispo de Cosencia Pirro, Varon piadoso y de heróicas virtudes, el cual, habiendo oido su peticion, le concedió la licencia que le pedia para aquella fundacion. No se puede encarecer el gozo que el Sto. Mancebo recibió con la licencia que le dió el Señor Arzobispo Pirro para su primera fundacion. Dió cuenta de todo á sus Padres y Compañeros, que no menor gusto que él tuvieron con las nuevas que les refirió; y asi pidiendo á

CAPITULO II.

DE COMO EL SANTO MANCEBO Francisco de Paula, habiéndose juntado algunos compañeros, comenzó á fundar su Religion en Paula, y lo que sucedió en estas, y otras fundaciones que hizo en Calabria, y Cicilia.

Resuelto el siervo de Dios Francisco á dar principio á su Religion, trazó en su idea el sitio, que para la primera fundacion le pareció mas apropósito, y asi pidió á sus Padres un pedazo de bosque, que tenian una milla de Paula, y á un tio suyo una heredad conjunta al bosque, y se lo dieron con gusto. Alegróse sobremanera

Francisco, viendo que ya tenia sitio sobre que comenzar su primer edificio y determinó recogerse (con dos compañeros que se juntaron) en una casilla que habia en un bosque, para comenzar á disponer los materiales; y para que todo fuese con bendicion del Señor pidió licencia para ello al Sr. Arzobispo de Cosencia Pirro, Varon piadoso y de heróicas virtudes, el cual, habiendo oido su peticion, le concedió la licencia que le pedia para aquella fundacion. No se puede encarecer el gozo que el Sto. Mancebo recibió con la licencia que le dió el Señor Arzobispo Pirro para su primera fundacion. Dió cuenta de todo á sus Padres y Compañeros, que no menor gusto que él tuvieron con las nuevas que les refirió; y asi pidiendo á

Dios su favor y socorro, comenzaron los tres Siervos del Señor á disponer los cimientos de la obra, sirviendo ellos de Peones con notable gusto, y fervoroso zelo. Comenzose á divulgar el caso en la ciudad de Paula, y era cosa de admiracion ver la gente que iba á verlos trabajar, y algunos movidos de Dios, les ayudaban en lo que se ofrecia; unos llevando materiales, otros socorriéndolos con algunas limosnas inspirados por Dios: diez ó doce Mancebos virtuosos pidieron al Santo los recibiese en su compañia, á los cuales admitió y vistió su santo Abito de Ermitaños, con gran gozo de todos. Dicese se llamaron estos primeros compañeros que se juntaron: Fr. Pablo, y Fr. Bartolomé de Paterno, Fr. Bernardino de Cropulato,

Fr. Nicolas, Fr. Juan de S. Lucido, Fr. Juan Ginoves, Fr. Francisco de Mayorano, Fr. Nicolas Nochel, Fr. Florentino de Paula, Fr. Juan de Abundancia, Fr. Angelo de Sarracina y Fr. Juan de Roca. Estando ya los cimientos de la Iglesia sacados, y comenzadas á levantar paredes, sucedió un caso raro y milagroso y fué, que estando el Sto. mancebo Francisco trabajando en la obra con algunos de sus Frayles, vieron entre sí un venerable Religioso Franciscano, que enderezando su platica á Francisco, le reprehendió, porque tan limitadamente habia trazado aquella Iglesia, habiendo de ser la primera de su Orden; lo cual oido por él, con su acostumbrada modestia dijo: No tengo yo (Padre mio) caudal para obra tan gran-

de, pues aun esta me parece mayor de lo que mis fuerzas alcanzan. No ha de ser asi (dijo el Religioso) sino mayor que asi conviene, y fiad en la liberalidad del Omnipotente, que de su parte os aseguro, no os faltará lo necesario para edificar esta Iglesia, y Convento y diciendo esto, el mismo Religioso deshizo repentinamente lo fabricado, y se desapareció, sin que ninguno lo viese, de que se coligió, y tuvo por cierto, que aquel habia sido San Francisco de Asis, que vino á aconsejar á su ahijado lo que convenia, para mayor gloria de Dios, y suntuosidad de aquella su primera Iglesia. Con lo cual el Sto. Mancebo se persuadió á que convenia hacerla mayor, confiando en que Nro. Señor le enviaria con que, lo cual presto

se experimentó, pues el dia siguiente vino á ver la obra un Caballero de la ciudad de Cosencia (llamado Jacobo de Tarcia) y le dejó gran cantidad de dinero, con que pudo labrar su Iglesia en la forma que se le habia ordenado, alabando á Dios Francisco, y sus Compañeros, porque tan liberalmente los socorria.

Prosiguiendo la obra de aquel convento de Paula, sucedió, que el Maestro de ella, habiendo armado un horno de cal, le arrimó demasiada leña, de suerte, que se encendió tan gran fuego, que en breve tiempo amenazó no pequeños daños, porque se perdia mucha cal, y peligraban los materiales, sin poderse remediar. Vista la ruina por el Maestro, fué corriendo en busca de Francisco con notable

desconsuelo, y habiendole hallado y referidole su trabajo, fué á verlo, y dijo al Maestro: Por caridad, que no os aflijais, señor Antonio, que Dios lo remediará. Dicho esto cogió Francisco un poco de cal batida, y haciendo sobre si la señal de la Cruz se entró por la puerta del horno, por dondo ya salian las llamas, y habiendo reparado las quiebras que en él habia, se salió sin leccion alguna de tan voraces llamas, quedando atónitos del caso, asi el Maestro, como otros que lo vieron, alabando á Dios, que tan maravilloso se mostraba en su siervo Francisco de Paula.

A la fama de este gran milagro comenzaron á buscar al Santo muchas personas afligidas y enfermas y entre otros fuéron los Padres de un Mance-

bo mudo de nacimiento, y postrados á los pies del Sto. le pidieron con gran humildad y confianza, se compadeciese de su hijo; el siervo de Dios se llegó al Mancebo mudo: y asiendole de una mano, con rostro alegre le dijo: Ea, hijo mio, decid en voz alta Jesus, Jesus, Jesus: cosa maravillosa, á penas el Sto. levantó los ojos al Cielo, é invocó aquel dulcísimo Nombre, cuando el mudó le repitió muchas veces, quitandosele con este admirable remedio el impedimento que tanto le afligia. Comenzaron todos á alabar al Santo; pero él les dijo, que alabasen á Dios que era el que habia dado salud al enfermo.

Poco despues le trageron á Francisco una doncella ciega de nacimiento, de diez y seis años de edad, hallaron al

Santo escardando unas yerbas en un huertecillo de su Convento, y como los viese venir, cogió unas ojas de las yerbas, que acababa de arrancar, llegando á él, y refiriéndole su necesidad hizo el siervo de Dios la señal de la Cruz sobre los ojos de la ciega, y le puso sobre ellos las yerbas, y al punto vió: en la accion de las yerbas, se le notó al Santo que siempre procuraba usar de algunos medios en los milagros, á que se pudiesen atribuir, por huir toda la alabanza, aunque le servia de poco, porque las yerbas, ni otras cosas que aplicaba (segun sus naturales propiedades) no podian ser de provecho para los achaques de que los enfermos sanaban.

Dentro de pocos dias vino á visitar al siervo de Dios Jacobo de Tar-

cia, el Caballero que ya queda referido, por haberse cancerado una pierna, y no haber bastado remedios, el Santo le recibió caritativamente, le descubrió la llaga, y habiendole exhortado á que confiase en Dios le daria salud, envió á buscar unos polvos á la Celda, y se los echó sobre la llaga, bendiciendosela, y aplicóle despues unas yerbas, y le dijo que ya podia volverse á su casa. Levantóse el enfermo sano, dando á Dios muchas gracias, y á su Siervo Francisco por el beneficio recibido.

Enfermó un hijo de dicho Caballero, y estuvo cinco dias sin hablar, desauciado de los Médicos: sentialo el Padre por extremo, por ser el Mayorazgo de su casa, y viendo que no aprovechaban los humanos remedios, em-

vióle un cortes recado al Siervo de Dios dándole cuenta del estado del enfermo. Recibido el recado por el Santo se entró en su Celda á hacer oracion por espacio de una hora, y despues le dijo al mensagero: El Espiritu Santo ha oido los deseos de vuestro Patron. Sabed, que en este punto ha cobrado salud su hijo. Direis al Señor Jacobo de Tarcia, que dé gracias á nuestro Sr. por este beneficio, y que persevere en la virtud: y al enfermo le dareis estos dos vizcochos, y estas raices de yerbas, y andad con Dios. Partióse luego el mensagero para Cosencia, y halló bueno al enfermo, y á todos muy alegres por el fruto de las oraciones del Siervo de Dios.

Teniendo noticias del referido milagro Marcelo Cardula, vecino de

Cosencia, que habia mucho tiempo estaba lleno de lepra y paralitico, pidió le llevasen á presencia del Siervo de Dios. Lleváronle y recibióle caritativamente, hizo oracion por él, y se halló bueno y sano el que poco antes no se podia menear.

Antonio Alesio, vecino de Paula, casado con Brígida Martolilo, tia del Sto. en algunos años de matrimonio no habia tenido hijos. Sentido de esto, y sabiendo que por la intercesion de su Sto. pariente, muchos recibian de Dios consuelo, le rogaron afectuosamente le suplicase les diese un hijo; lo hizo asi y lo certificó, de que (Dios mediante) dentro de un año tendrian un hijo; sucedió así, que á los diez meses ya tenian un niño muy gracioso. Era con esto el gozo de sus padres

muy crecido: pero en breve se les aguó porque á pocos dias murió el niño. Acudió su padre al Santo, el que le dijo, le trajese el niño difunto, hizolo asi, tomandole el Santo en sus brazos le llevó á su Celda donde le tuvo tres dias en continua oracion, y al cabo de ellos salió con el niño vivo en sus brazos, y se lo entregó á su padre que estaba en la Iglesia esperando el suceso, el cual le recibió con increible gozo.

Ya era el resucitado niño mancebo de edad de diez y siete años cuando en cinco dias le puso una rigorosa enfermedad en peligro de muerte: recurió su padre á su Santo pariente á pedir socorro; y habiendole oido y consolado le dijo; Volveos, señor pariente, á vuestra casa sin pena,

que Ntro. Sr. os consolará. Hizolo, y halló mejor á su hijo, de suerte que muy presto fueron el enfermo y sus padres á visitar al Sto. y agradecer á Dios los favores recibidos por medio de su intercesion.

En el sitio donde se labraba aquel Convento de Paula no habia agua para beber, y erales penoso á los oficiales irla á buscar lejos de alli: entre otros que sentian aquella incomodidad, era un peon poco sufrido, que á veces impaciente murmuraba del Siervo de Dios. Oyole una vez, y reprehendióle caritativamente su poco sufrimiento; y apartandole alguna distancia de donde se hallaban, hirió el Sto. con su báculo en una piedra y comenzó á correr abundancia de bonisima agua, diciendo Francisco al ofi-

cial: Bebe ahora quanto quisieres que ya no te faltará agua. Quedose admirado aquel hombre de ver semejante prodigio, pidió perdon al Santo de lo que habia dicho de él y fue á dar noticia á los demas oficiales: todos se alegraron sobre manera por que ya tenian á mano agua tan abundante y milagrosa.

No solo se mostraba el Sto. caritativo con los racionales, que le pedian socorro, sino tambien con los irracionales que no se lo pedian, pues habiendole enviado presentados cantidad de peces un su amigo, ensartadosen un cordel, que los habia pescado el dia antes, hallandose á la sazon junto á un estanquillo en que caia el agua de la nueva fuente, alabó á Dios viendolos, y compadeciendose de

ellos, los soltó del coldel y los echó en el estanquillo y reviviendo, comenzaron á nadar como si alli se hubieran criado y duro por muchos años la generacion.

En otra ocasion hizo el Sto. otro tanto con una trucha, pues despues de haberla restituido la vida el Siervo de Dios, echandola en el estanquillo la visitaba á menudo, le echaba pan, y se entretenia con ella, que llamandola Antonela se le venia á las manos. No faltó cierta persona grave Eclesiástica, que habiendo visto la mansedumbre de la trucha, ya por dar en que merecer al Santo, ya por golosina, procuró pescarsela, lo consiguió, y habiendola llevado á su casa, echóla á freir para comersela. No se le ocultó al Sto. la travesura, envió un cor-

tes recado al tal Señor con un Religioso rogandole se la mandase, pero él respondió, que no sabia de la trucha. Envióle segundo recado, rogandole que la enviase, que sabia estaba en su casa, á que respondió, estaba ya frita. Envióle el Santo otro recado, suplicandole le enviase la trucha, por que las cosas agenas no podian hacer buen provecho á quien contra voluntad de su dueño las comiese Enfadóse mucho el tal señor de que á él se le enviasen tantos recados, para cosa de tan poco valor, y asi por enojo como porque juzgó no le podria entrar en provecho, teniendola ya en la mesa frita, con cólera y enojo la arrojó en el suelo, diciendo palabras descomedidas: no haciendo caso el Religioso, cogió su trucha frita, medio

deshecha del suelo, la llevó al Santo, el cual la recibió con gusto diciendo: ha mi Antonela, ¿como os han tratado tan mal? La volvió á echar en el estanquillo, y comenzó á nadar por él, como si tales desmanes por ella no hubieran sobrevenido.

Por el mismo tiempo sucedió otra cosa maravillosa. Habiendole presentado al Sto. un corderito, y como le regalase y acariciase, se andaba tras él por el Convento; los Oficiales de la obra lo agarraron un dia y se lo comieron, arrojando el pellejo en la calera de la obra: echóle menos el Sto y le hizo buscar, y habiendo visto el pellejo en la calera, le llamo diciendo: Martinelo, Martinelo; y fue cosa maravillosa, que al punto resucitó el corderillo y salió de la calera sal-

tando y brincando, como si tales fracasos por él no hubieran pasado, con asombro de los que le habian comido y admiracion de los que lo supieron.

Sucedió algunas veces haberse apagado la lámpara de la Iglesia y no hallandose luz para encender las velas para decir Misa, encender el Santo milagrosamente.

Varias veces sucedió no cogerse pescados en la Marina de Paula y por las oraciones del Santo se reconoció abundante pescado en ella.

Habiendo llegado la fama de los milagros al Santísimo Padre Paulo segundo que gobernaba la Iglesia, deseoso de saber la verdad de todo, ordenó á un Camarero se llegase á ver al Siervo de Dios, y se informase de su proceder, vida y milagros. Par-

tiose de Roma el Camarero, y llegado á Cosencia, visitó al Arzobispo Pirro, dandole cuenta de su Legacia: hallo tan buen informe en el Arzobispo, de las virtudes y milagrosa vida del Sto. que á no desear verle, pudiera volverse y dar suficiente razon á su dueño; pero para mejor informe llegó á Paula y habiendo ido al Convento del Santo le hallaron oyendo Misa: el Camarero se llegó á él y humillandose, le pidió la mano para besarsela, lo qual visto por Francisco (sonriendose) le echó los brazos al cuello. Gustaba el Camarero en besar á Francisco la mano, pero el lo rehusó y le dijo: Mas justo es que yo bese las vuestras, pues hay treinta y tres años están consagradas. Admiróse el Camarero de oir tales palabras, cono-

ciendo tenia aquel Siervo de Dios espíritu profetico. Pidió le tuviese á bien hablasen en su Celda, el Santo vino en ello y ordenó á un Religioso llevase un poco de lumbre (por hacer tiempo fresco) y estando en la Celda dió cuenta el Camarero al Sto. de la ocasion de su venida, y como tenia noticia del rigor de la vida de que usaba, le aconsejó templase sus penitencias para conservar su vida para bien de muchos y otras cosas á este modo; lo cual oido por Francisco, acercóse á la lumbre, y tomando en su mano unas asquas encendidas, teniendolas en ella como si fueran rosas, dixo al Camarero: Verdaderamente señor, que á los que sirven á Dios con perfecto corazon, todas las criaturas los obedecen. Admiraronse de ver semejante accion,

y se postraron en tierra, procurando besar los pies al Santo, pero permitiendolo él le besaron el Abito con gran devocion y humildad; despues se despidió del Sto. pidiendo encomendase á Dios á su Santidad, al estado de la Iglesia y á él, lo qual el Santo ofreció hacer con gran voluntad por sí y por medio de sus devotos hijos.

Cosa de seis años despues que comenzo el siervo de Dios aquella su primera fundacion de Paula, se llevó N. Señor para si á su muy virtuosa Madre Viena. Celebradas sus exequias, viendose solo su virtuoso Padre, se resolvió á entrarse Religioso en compañia de su Santo hijo. Diole el Abito de Donado con espiritual alegria de ambos, y pasados algunos años de Religion acabó santamente su vida.

Estando un dia en la cantera el Siervo de Dios, sacando piedra para la obra, cierto Señor de vasallos fue á hablar al Santo y habiendo comunicadole sus negocios, se queria volver á Paula, pero como el Sto. tuviese noticia de que el tal Señor oprimia á sus vasallos con excesivos tributos le dijo: Por caridad, Señor, que lleveis de camino esta piedra á nuestra obra. Era la piedra grande, y asi dijo el Caballero: No podré llevarla, Padre Francisco, que son mis fuerzas muy flacas para tan gran peso. Replicó el Santo, pues llevad esotra, que es menor y yo llevaré esa: hizose asi, y yendo cargados con sus piedras, el Santo le fue diciendo, que asi como él no habia podido llevar la piedra mayor, sus vasallos no podian

llevar los pesados tributos, que les cargaba, y asi que les aligerase la carga y que la podrian llevar facilmente, como el habia llevado la piedra pequeña.

En este Convento hizo labrar el Santo una pequeña Ermita, retirada donde á veces se escondia á oracion, por que no le inquietasen, habiendoselas alli á solas con Dios, de suerte que hubo ocasion, que en ocho dias no salió ni se supo hubiese comido cosa alguna, porque despues hallaban el pan y agua que le habian llevado donde se lo dejaban.

Delante de la referida Ermita plantó algunas encinas, que despues se hicieron grandes y frondosas: en ellas se han notado dos cosas estraordinarias, la una es que hizo el San-

to en el tronco de ellas una Cruz con su dedo y siempre permanece vistosa y patente, y es muy venerada de los Fieles, que tienen noticias del caso. Y la otra es, que una de aquellas encinas, la mañana dos de Abril (Fiesta dedicada al Sto.) amanece con hojas y pinpollos, tan vistosa y fresca como podia estar al fin del verano, que muchos van por ser cosa tan extraordinaria á verla.

Tuvo el Siervo de Dios familiar amistad con un Gentil-hombre de Paula, llamado Nicolas Ricardo Salieronse un dia los dos por la orilla del Mar paseandose (cuando tendrian á veinte y dos años de edad), caminaron casi una legua hasta donde habia una columna de piedra que no servia alli, parecióle á Francisco, que

seria bien llevarla á su obra. Vino en ello el amigo, y le dijo, que él haria fuese un carro por ella, á lo cual dijo Francisco: Teniendo vos tan buenas fuerzas, no será necesario carro, y que asi probase si la podria llevar. Reiase el amigo, por parecerle imposible, por su gran peso. Finalmente dijo Francisco á Nicolao, que probase, y tomase por Dios aquella mortificacion. Alzola facilmente del suelo Francisco, y acomodosela al amigo debajo del braso, de suerte que la pudo llevar hasta el Convento. Llegados á la obra, la acomodaron derecha, y despues el Siervo de Dios puso sobre ella una Cruz de hierro, la cual permanece al presente.

Estando trabajando el Santo con sus compañeros en la obra de la Igle-

sia, llegada la hora, les dijo se fuesen á comer, y el se quedó solo: se puso en oracion junto al sitio donde se habia de hacer el Altar (mientras comian) en breve se engolfó en un maravilloso extasis, de suerte, que cuando volvieron, estaba elevado de la tierra no poca distancia, y despedia de su rostro vistosos rayos de luz y parecia tener sobre su cabeza tres coronas muy brillantes, al modo de Tiaras. El primero que vió esto fue el Padre Fr. Nicolas Nochel, y admirado fue á llamar á Fr. Florentino de Paula: y estando todos tres juntos, Fr. Angelo reparó en que habiendo dejado los cimientos, cuando se fueron á comer, al igual de la tierra, cuando volvieron los hallaron levantados no poca distancia. Volvió

el Santo en sí de su extasis, y se puso á trabajar, como si nada hubiera sucedido, alabando á Dios aquellos tres Religiosos, por los favores que hacia á su siervo Francisco y á ellos, en que participasen de tan maravillosa vision.

A un Escribano se le pasmó la mano derecha: acudió al Siervo de Dios, y le dió unas yerbas, para que hiciese un cocimiento, y se lavase la mano. Fué cosa maravillosa, que llegando á su casa, aun antes de aplicar el remedio se halló sano.

Habia en Paula un Matrimonio, que en algunos años no habia tenido sucesion: el marido era virtuoso; pero la muger se preciaba mas de dama que de recogida. Deseaban mucho tener un hijo y asi pidieron á un Clé-

rido deudo suyo, rogase al Siervo de Dios suplicase á N. Sr. les diese fruto de bendicion. El Clerigo lo hizo asi, y oido por el Santo le respondió: Volved á casa de vuestros parientes; decidles de mi parte, que limpien sus conciencias, y despues de haber recibido el Santísimo Sacramento, vayan á su huerto, y hallarán (por la gracia del Sr.) en una higuera dos higos, el uno blanco, y el otro negro, este comerá la Muger, y el blanco el marido, y presto conseguirán sus deseos. El Sarcerdote estuvo muy atento, y reparó en la circunstancia de los higos, por ser entonces por el mes de Enero; y visto por el Santo el reparo, le dijo: En caridad amigo, que ello ha de ser asi; id con Dios. Fuese el Sarcerdote y refirió á

sus parientes lo que el Santo le habia dicho, y ellos confesaron, y comulgaron; y hecho esto, entraron en su huerto, y hallaron los dos higos tan sazonados, como si fuera por el mes de Junio. Comieronlos, y dentro de pocos dias se sintió preñada la dama, pero no mereció ver cumplidos sus deseos, por no haberse enmendado en las costumbres; de suerte, que malparió la criatura, con gran sentimiento suyo, y de su marido.

Habiendo ido el Siervo de Dios Francisco á Florencia, supo su llegada un Principe (llamado Laurencio de Medicis) y por las noticias que tenia de sus muchas virtudes, le visitó, y llevó un dia á comer á su casa. Este Señor tenia un hijo de edad de doce años, llamado Juan de Me-

dicis, y habiendo acabado de comer, el Príncipe dijo en secreto á su hijo: llegad, y besad la mano al Padre Fr. Francisco, que es un Santo. Egecutó el Mancebo el mandato de su Padre; y el Santo abrazando al mancebo afectuosamente, le dijo: á lo ménos, Señor, cuando vos fueredes Papa (que no será tarde) seré yo Santo. Vino en efecto á ser Papa el tal mancebo, y se llamó Leon décimo; y asi le beatificó y canonizó, como adelante se referirá.

No por andar tan ocupado el Siervo de Dios Francisco en sus obras, y acudir al consuelo de tantos afligidos, como cada dia le buscaban, obrando Dios por su medio tantas maravillas, y milagros, (que se refiere en la Cronica, que hubo dia de

ciento) no dejaba de atender con gran solicitud al gobierno de los de su familia, ni tampoco á los egercicios de repetida oracion y mortificacion, repartiendo el tiempo de manera, que sin admitir instante de ociosidad, procuraba hallarse siempre en todo gobernando, como prudente, y vigilante Superior, atendiendo á las obras, y demas humildes egercicios del Convento, como si fuera el menor subdito. Otras muchas cosas se puedieran referir, que sucedieron en Paula mientras el siervo de Dios Francisco edificó aquel su primer Convento por espacio de diez años; pero como el fin de esta Historia es solo dar á entender sucintamente su vida á los que menos noticia tienen de ella, refiriendo alguno de los par-

ticulares milagros que Dios obró por él, se dejan en silencio, y el que los quiera ver acuda á la Cronica. Y asi solo diré ahora, que fué tan grande la devocion, que el Santo Varon Francisco tuvo con la Virgen María Ntra. Señora, y con el Seráfico Padre S. Francisco de Asis, en agradecimiento á sus favores, que les dedicó aquella su primer Iglesia, titulandola de Sta María de los Angeles y de San Francisco, si bien despues comunmente la llaman de San Francisco de Paula.

Fundacion del Convento de Paterno

TEniendo ya fundado el Convento de Paula el Siervo de Dios, y poblado de Religiosos vir-

tuosos, y ejemplares; habiendole bendecido su Iglesia el Ilustrísimo Señor Arzobispo de Cosencia Pirro, con su licencia determinó pasar á fundar segundo Convento á la Villa de Paterno, por los años mil cuatrocientos cuarenta y cuatro. Comenzose á fundar felizmente, con el favor de Dios, y liberales socorros de aquella Villa, y comarca; pero envidioso el comun enemigo de tan espirituales, y utiles progresos (permitiendolo Ntro. Señor) le comenzó á poner innumerables estorbos y tropiezos, lo cual se esperimentó, en que á veces hallaban el dia siguiente deshecho lo que habian fabricado el antecedente. Otras hacia caer los Oficiales desde los andamios, entre los cuales fue uno el Maestro de la obra,

tal que de la caida se abrió la cabeza y murió, y poco despues le resucitó el Santo. Otras hacia inmovibles las piedras, y en particular sucedió, que habiendo de subir una gran piedra para sentarla sobre la puerta de la Iglesia, no hubo modo de poderla levantar: conociendo el Santo de donde pendia el impedimento, mandó al Demonio (oyendolo los presentes) que sin dilacion desistiese de sus dañados intentos, y ayudase á poner aquella en su lugar: apenas el Santo se lo mandó, cuando se conoció haber obedecido: pues con facilidad pudieron subir la piedra aunque dió bien muestra de forzada ayuda, pues al sentarla, la hendió un poco por medio, la cual señal se ve en ella, en testimonio del suceso. En

otra ocasion sucedió, subiendo una viga, que hasta que el Santo asió de ella no la pudieron hacer perder tierra muchos hombres.

No se contentaba el enemigo con hacer los referidos daños, sino que estando el Siervo de Dios en oracion en su Celda, lo maltrataba muchas veces rigorosamente, de manera, que oyendo el ruido de las luchas, su devoto hijo y compañero el P. Fr. Pablo de Paterno, desde su Celda (que estaba junto á la del Santo) le iba á socorrer.

Innumerables fuéron los milagros que Dios obró por su siervo Francisco miéntras fundó este Convento de Paterno, y entre otros fué dividir por medio un moral para poner en paz á dos hermanos, que tenien-

do ambos parte en una heredad, en que habia un hermoso moral, habiendo ellos concedido al Santo paso y camino por ella, para poder ir desde la Villa á nuestro Convento, era fuerza quedase el moral en la parte del uno, y sobre esto estaban muy disgustados: pero el Santo favorecido de Dios, alcanzó de su Divina Magestad se dividiese el moral milagrosamente, y que en cada parte de heredad quedase medio moral frondoso, y fructifero, y en medio del camino, de suerte, que los dos hermanos quedaron contentos, y el Santo con el paso necesario para su Convento.

En una ocasion sembró seis castañas, y en breves horas se criaron seis hermosos castaños, á fin de apla-

car á un hombre que estaba impaciente, por que sin su licencia le habian cortado uno para la obra de aquel Convento.

En otra ocasion dió vista á un ciego poniendole cal viva en los ojos.

Sustentó en otra muchos hombres con solo un pan, y sobraron algunos pedazos.

En tiempo de falta de pan sucedió sacar un higo de la manga, y repartirle entre veinte hombres, que trabajaban en su obra, y quedar tan satisfechos, como si hubieran comido cosa de gran substancia.

En diferentes veces resucitó en esta obra tres Oficiales, que cayendo, se mataron; y al uno, que volvió á caer despues, le volvió á resucitar segunda vez, que parece anda-

ban en competencia, el enemigo haciendoles mal, y el Santo sanandolos, y resucitándolos.

Sacando piedra de una cantera que estaba en parte alta, se desgajaron dos peñascos, el uno juzgaron los Oficiales habia cogido un pie al Santo, y hécheselo pedazos, y no le hizo daño, y el otro yendo rodando á parte donde podia hacer daño, le mandó el Santo se detuviese; y le obedeció, donde le alcanzó el mandato.

Andando á caza unos hombres, en tiempo de nieve, encontraron en un monte un hombre muerto, que se habia helado; y compadecidos se lo llevaron al Santo, y le pidieron hiciese oracion por él: se puso á rezar, mirando al difunto con particular

atencion, y poco despues le asió de una mano, y dijo: Por caridad, hermanos, que está vivo este hombre; levantate, amigo, en el nombre de Jesus, y anda. Apenas dijo el Santo estas palabras, cuando se levantó, y comenzó á mirar á todos, y referir la ida al monte, y como se habia muerto de frio habia algunos dias: dió gracias á Dios Nro. Sr. y á su siervo Francisco, por la caridad recibida. Hizole dar de comer en el Convento, y dijole, que mirase como vivia, y procurase no le cogiese la muerte en pecado, y se fué, quedando admirados los que lo vieron.

Una Religiosa Franciscana habia diez años, que estaba tullida en Cosencia, y como oyese referir tantos milagros del glorioso Padre, hizo

que le llevasen á Paterno; la llevaron á su presencia, y luego el Santo la vió sentada en el suelo (como sonriendose) le dió la bien venida; y le dijo: Por caridad, que se levante nuestra hermana, y nos ayude á llevar estas piedras hasta la obra, á que respondió: Padre, si no me puedo menear ¿como podré ayudar á llevar piedras? Y dijo el Santo á los que la habian traido: Pues levantadla en el nombre del Señor, y tome esta piedra, y llévela hasta aquella puerta. Levantaronla y se halló sana, y llevó la piedra hasta donde se le habia ordenado, alabando á Dios, por las misericordias, que con ella habia usado. Y el Santo la dijo: Por caridad; que las Esposas del Sr. si de veras le sirven siempre son favorecidas

de su gracia. Despidióse del Santo agradecida, y se volvió consolada á su Convento.

En la misma Villa estaba enferma una Señora principal, y pidió á su marido rogase al Santo le enviase alguna cosa suya para consolarse con ella. Su marido refirió al Santo el recado de la enferma rogandole la encomendase á Dios, y le diese algo con que poderia consolar. Oido por el Santo, quitóse el Cordon, que traia ceñido, y dióselc, diciendo: Llevad, señor, este Cordon á la enferma, que Dios proveerá; volvióse á su casa muy alegre, y dando el Cordon á su muger, fué tan grande su devocion y fé, que en breve se sintió sana. Habiase quedadó el Santo sin Cordon, y como no tuviese

otro que ponerse, dijo á un Religioso que tragese un azadon, mandó cavar en un huertecito que tenia, y á tres ó cuatro golpes que dió en la tierra, descubrió un Cordon nuevo, y dijo el Santo, sácale, y hazle los nudos como sabes. Hizolo asi el Religioso, admirado de ver alli aquel Cordon, y dijo al Santo: Padre mio, vos pusisteis aqui este Cordon? A que el Santo respondió: no, el Señor que todo lo puede y todo lo remedia, nos dice que demos y recibirémos: Y asi como yo di el mio, él me envia este: sea bendito para siempre.

En la ciudad de Cosencia parió una Señora principal un niño, que habia de ser Mayorazgo de su casa, y nació tan monstruoso (desde el

cuello arriba) que causaba admiracion verlo, porque no tenia faccion alguna, sino un pedazo de carne liso, y diforme. Desconsolados sus padres, con tal monstruosidad, y teniendo noticias de las maravillas que Dios obraba por su siervo, le enviaron el niño á Paterno, suplicandole se le ofreciese á Dios, para que dispusiese de él lo que mas conviniese. Habiendo llegado con el niño á la presencia del santo, se compadeció mucho de él, y de sus padres. Alzó los ojos al Cielo, y humedeció sus dedos con saliva: el Siervo de Dios le fué señalando los ojos, cejas, narices, y oidos, y dijo al que lo llevaba: Por caridad; señor, que vos abrais las facciones de este angelito con vuestras manos. Hizolo el hom-

bre, y luego se vieron hechas milagrosamente y tan hermosas, como se podian desear, comenzando el niño á mirar á todos, y á reirse, como agradeciendo el bien recibido. Causó notable admiracion este milagro á todos, y en particular al gentil hombre, que lo tenia en sus brazos, que estaba atónito de lo que habia visto. Mostróse le agradecido al Santo, y despidióse de él: volvióse á Cosencia con su ya hermoso niño, publicando á voces el milagro, y llegando á casa de sus dueños, refiriéndoles el suceso, y viendo el niño tan gracioso, se deshacian en lágrimas de gozo, no cesando de dar á N. Sr. infinitas alabanzas. Crióse el niño, y fue siempre gran devoto, y bienhechor de nuestra Riligion, acordan-

dose de lo que debia á su santo Fundador.

Annque el Siervo de Dios era tan venerado por su gran santidad, y milagrosa vida, no faltaron algunas personas envidiosas, y faltas de caridad, que pusiesen lenguas mordaces en el modo de proceder, y de curar enfermedades el Santo; y en particular referiré la historia, que un Religioso grave de cierta Orden, que residia en Paterno dió en desautorizar al Santo, de manera, que siempre que se ofrecia tratar de él, hablaba como pudiera de un su enemigo, que á no estar la virtud de Francisco tan acrisolada, y bien fundada, aquella oposicion bastára para desacreditarla; porque se dejaba decir, que Francisco era un hombre idiota,

y sin letras, que fingia santidad; que curaba con polvos, y llerbas, y otras cosas á este modo. Y no satisfecho con esto (incitado del enemigo, y de otros de su opinion) tuvo atrevimiento un dia para ir á la celda del Santo á hacer pruebas de su paciencia, donde dijo con libertad, y osadia todo cuanto su pasion, ó envidia le ofrecia ǎ su mordaz y desenfrenada lengua. Escuchole el Siervo de Dios Francisco con admirable paciencia (como verdadero Discipulo de Cristo) y para confundir la demasía de su rigoroso Fiscal inclinose el Siervo de Dios hacia un brasero, que habia alli, y cogió de él dos ascuas encendidas, y con su acostumbrada modestia le dijo estas palabeas: Hermano, y padre mio, to-

das las cosas se pueden hacer con la virtud del Sr. á cuya voluntad nadie puede resistir. Amemosle siempre como el nos ama, y nada nos será dificultoso. Puso N. Sr. tanta gracia, y eficacia en la accion y palabras de su Siervo Francisco, que el Religioso se quedó admirado de lo que habia visto, y sin saber que decir, reconociendo su sin razon, la virtud, y candidez del Siervo de Dios, se postró á su pies, y le pidió humildemente perdon de lo que apasionado habia dicho de él; lo cual visto por el Santo; le levantó amoroso, y pacificamente, diciendole, que pues era hombre docto, Predicador, y Religioso, se fuese á la mano en adelante en calumniar lo que acaso no alcanzaba á conocer. Con que quedó

das las cosas se pueden hacer con la virtud del Sr. á cuya voluntad nadie puede resistir. Amemosle siempre como el nos ama, y nada nos será dificultoso. Puso N. Sr. tanta gracia, y eficacia en la accion y palabras de su Siervo Francisco, que el Religioso se quedó a lmirado de lo que habia visto, y sin saber que decir, reconociendo su sin razon, la virtud, y candidez del Siervo de Dios, se postró á su pies, y le pidió humildemente perdon de lo que apasionado habia dicho de él; lo cual visto por el Santo, le levantó amoroso, y pacificamente, diciendole, que pues era hombre docto, Predicador, y Religioso, se fuese á la mano en adelante en calumniar lo que acaso no alcanzaba á conocer. Con que quedó

aquel Religioso tan edificado y desengañado, que en adelante no cesaba de alabar la paciencia, la caridad, y loable vida de San Francisco de Paula.

Padeciendo flujo de sangre la Marquesa de Aren, sanó por las oraciones del Santo. Y habiendo ido á visitarlo á Paterno, deseando él regalarla, como á bienhechora de aquel Convento, no hallandose pescados frescos por estar el mar alterado, milagrosamente se vió junto al Santo una cesta de varios, y hermosos pescados, sin que nadie viese quien los hubiese traido, de que la Marquesa, y criados quedaron admirados, teniendo la pesca por milagrosa.

Fundacion del Convento de la villa de Espezano.

HAbiendose empleado el Santo Varon Francisco de Paula por espacio de nueve años en la fundacion del Convento de Paterno, pasó á fundar á la Villa de Espezano. tres leguas de alli: en esta tercera Fundacion halló como en las antecedentes, muy caritativa acogida y favorables socorros para sus intentos; teniendo aquella Villa á gran dicha que hubiese ido á fundar á ella, por las muchas noticias que ya tenian de su santa, y milagrosa vida.

El primer milagro que hizo el Sto. fue sanar á un mancebo llamado Gregorio Visacia que habia tiem-

po. estaba idropico, y muy enfermo, y haciendo tres veces la señal de la Cruz sobre el, echó por la boca cantidad de humor, y se halló luego sano, no cesando de alabar á Dios, y al Santo por el beneficio recibido, y quedó tan agradecido, que rogó al Santo le vistiese su santo habito: hizolo con gusto, vivió largos años, y profesó en la Religion loablemente.

Estando un Carpintero cortando un arbol para la obra de este Convento, la hacha le hirió malamente en la cabeza. Comenzó á salir tanta sangre, que causaba admiracion. Hallose alli el Siervo de Dios, y dijo al herido: ¿Que es esto? y el respondió: Padre yo me muero sin remedio; el Santo apretole la cabeza con sus manos, limpióle la sangre, y se halló

sano, con admiracion de algunos que alli estaban.

En la misma Villa, con sus santos consejos, redujo á penitencia á cierto Eclesiástico relajado, el cual poco despues pidió al Santo el habito, y se le dió, y habiendo profesado, vivió en nuestra Orden muy ejemplarmente,

Fundacion del Convento de Corillano.

CInco años despues de haber comenzado la Fundacion del antecedente Convento, le escribieron al Siervo de Dios los Principes de Visiñano pasase á fundar á su Villa, ofreciendole todo favor, y ayuda. Llegóse allá el Sto. y agradecióles sus caritativas promesas: y tratando-

se de la Fundacion, se le dió sitio muy apropósito para ella, un cuarto de legua de la Villa hácia la parte del mar, en el cual sitio (con espíritu profético) conoció habia debajo de tierra un Edificio antiguo, y un Sepulcro, con cuyos despojos hubo hasta piedra para los cimientos de la Iglesia.

Poco despues sucedió, que no hallandose piedra para hacer cal para la obra, andando el Santo discurriendo donde se podria hallar (inspirado de Dios) dijo á unos hombres que iban con él: Cabad aqui, hermanos, que para Dios donde quiera hay canteras; cabaron, y á pocos golpes hallaron la mejor piedra para cal, que se habia visto en aquella tierra.

Obró Dios muchos milagros en la fundacion de este Convento de Corillano, por los méritos del Santo, como fué librar á uno, que pasando un rio, se vió á peligro de ahogarse.

Sucedió en este Convento otro caso semejante al de Paula, y fué, que habiendo encendido otra calera para la obra, amenazó no pequeña ruina su excesivo incendio; y como el Maestro no lo pudiese remediar, fué en busca del Santo, vino á verlo, y dijo al Maestro: No tengais pena, que mediante Dios, ni caerá la calera, ni peligrarémos nosotros: y dicho esto acercóse á ella, y con sus manos reprimió las llamas, sin que el fuego ofendiese al Santo.

Por haber sucedido el siguiente milagro en otra calera, aunque no

en este, ni en otro Convento de la Orden, me ha parecido acomodarle aqui. Sucedió en la Ciudad de Gaeta, que habiendo armado otra calera un Maestro, se le encendió excesivamente, y como el Maestro se viese afligido, por no saber como remediar el daño, acordose del milagro, que el Siervo de Dios habia hecho en Paula, y tambien de que tenia en su casa una Estampa del Santo, de quien era devoto.

Resolviose á ir por ella para echarla en el fuego, confiando en Dios que con esta se apagaria el incendio. Trajola, y le pareció irreverencia echarla; finalmente se determinó á partir la estampa, y echar la mitad al fuego: hizolo asi, y llegando á él se mitigó el incendio; y ha-

biendose ya apagado el fuego, halló el Maestro entre las cenizas de la calera la media Estampa en la forma que la echó; solo manifestaba haber llegado á tostarla un poco el fuego. La cual media Estampa guardó el Maestro con la otra con gran devocion, y la mostró á muchas personas, refiriendoles el milagro sucedido.

Fundacion en la Ciudad de Cosencia.

POco despues de la referida fundacion de Corillano, por los años de mil cuatrocientos y setenta, escribió al Siervo de Dios el Senado de la Ciudad de Cotron, y le ofreció sitio para fundar, y algunos socorros, mas como el Santo estuviese ocupado en la del Convento de Corillano,

se excusó á ir, y envió en su lugar al venerable P. Fr. Pablo de Paterno, su muy amado hijo, y compañero, con otros egemplares Religiosos, los cuales fuéron bien recibidos y en breve se les dió sitio muy á propósito, en que fundaron un devoto Convento, que le titularon de JESUS, MARIA.

Por el mismo tiempo se le ofreció ocasion al Santo para fundar otro convento en la ciudad de Castelamar (seis leguas de la de Napoles) y habiendo enviado á la fundacion Religiosos á propósito y comenzado á labrar, parece que el enemigo envidioso de tan felices progresos (permitiendolo Dios) procuró impedirlo. Movió los animos de algunos personages del Palacio del rey D. Fernan-

do el primero de Nápoles para que sin fundamento hablasen mal de los procederes del Siervo de Dios, hasta llegar á decir al Rey, que ocasionaba menoscabos en la hacienda Real; que sin su licencia edificaba Conventos en su Reino; que era un hombre libre, y atrevido, que sentia mal del comun gobierno, y no bien de las guerras, y otras cosas á este modo; lo cual oido por el Rey, se indignó sobremanera contra el Siervo de Dios: lo mismo hicieron sus dos hijos el Duque de Calabria, y el Cardenal de Ungria, el cual teniendo noticia de la nueva. Fundacion, se llegó allá, y á los Religiosos Fundadores los hizo echar de Castelamar, con órden, que en adelante no fundasen mas Convento sin licencia

del Rey, por que se los derribarian, y castigarian. El Cardenal hizo deshacer lo fabricado, y el sitio le aplicó para sí, y en él mandó hacer un Palacio, y casa de recreacion; pero no permitió Dios lo gozase, pues poco despues murió.

Despues de la muerte del Cardenal, mandó el Rey á un su Capitan fuese en busca del Santo, y se le llevase preso á Nápoles: el Capitan con cincuenta hombres, dirigió su viage á Corillano: Mas sabiendo el Santo la venida de aquella gente, y sus intentos, poco antes dijo á sus Religiosos, que no temiesen, por lo que verian en breve, y habiendose ido á la Iglesia con algunos de ellos, se estuvo en oracion, con la quietud que pudiera estar si seme-

jante ocasion no sobreviniera. Llegados sus contrarios al Convento, le buscaron por todo él con grande diligencia, y no hallandole, bajaron á la Iglesia, y solian pasar algunas veces por junto al Santo sin verle, por haberle hecho Dios invisible á los ojos de sus enemigos. Andubieron largo rato dando vueltas de unas partes á otras, sin provecho, hasta que viendolos tan inquietos un oficial de Carpintero, que trabajaba en el Convento, se llegó al Capitan, y le dijo: En esto echareis de ver, que el Siervo de Dios á quien buscais está inocente, en que habiendo pasado muchos de vosotros por junto á él, no le habeis visto: venios conmigo, vereis las maravillas que Dios obra por él. Bajaron á la Iglesia

donde el Santo estaba en oracion, luego se les manifestó, como si despertara de un celestial sueño, con el rostro encendido y resplandeciente. Y viendo el Sto. al Capitan y Compañia junto á sí les dijo estas palabras. A quien buscais, hermanos, en la casa de Dios, á fuer de los egércitos? Oido por ellos cayeron en tierra deslumbrados y atonitos. Alentóles el Santo, y volviendo en sí, le pidieron perdon de su atrevimiento, dando por disculpa la obediencia á las órdenes de su Rey y Señor que los enviaba. Oido esto por el Santo, ayudó á levantar al Capitan, diciendole: Creed, señor Capitan, que por ahora no tiene necesidad su Alteza de mi persona; os podeis volver en paz en tomando un refresco

dé lo que hubiere en casa. Dicho esto, sacó de la manga tres candelas de cera de las que solia distribuir, y dióselas al Capitan, diciendo: Dareis estas candelas al Rey, al Duque de Calabria y á su muger; direisles que les aviso de Nro. Sr. procuren aplacar su ira con penitencias si quieren excusar un gran castigo del Cielo, en que venga el Rey á tanto peligro que se vea en ocasion de perder el Reyno y la vida miserablemente. Despues de lo referido, guiaron al Capitan y soldados al Refectorio con el Santo y otros Religiosos; y fué cosa maravillosa que no habiendo en el Convento mas que solos dos panecillos, y un azumbre de vino, el Santo distribuyó por su mano con tanta gracia, que no solo

hubo para el refresco de todos los huespedes, sino que sobró para cenar despues los Religiosos. Despidiose del Convento el Capitan, edificadísimo de la bondad de Francisco, y volvióse á Nápoles á dar razon al Rey de su viage, el cual se quedó admirado, asi de oir el recado, que le envió, como de lo que el Capitan le refirió le habia pasado con él.

Considerando despues el Santo, que el Rey de Nápoles, mal informado de sus procederes, podia hacer otras mayores demostraciones de enojo, si proseguia con mas Fundaciones de conventos en Calabria, se resolvió á ausentarse de aquellos paises por algun tiempo, y pasarse a las islas de Sicilia, para procurar (miéntras se le pasaba al Rey el enojo,

ó se trocaban las cosas) fundar en aquellas partes algun Convento: se partió á esta empresa desde Corillano con dos compañeros, que se dice fuéron el Padre Fr. Pablo de Paterno, y el Hermano Fr. Juan de S. Lucido: dirigieron su viage al puerto de Catona, que era el mas á proposito para sus intentos. Yendo caminando los tres siervos de Dios á pie, y con poco, ó ningun dinero, y en tiempo de hambre, que aun con él no se hallaba pan, á pocas leguas encontraron en el camino una tropa de caminantes, que iban al mismo puerto, y entre ellos un Clérigo, llamado Bernardino. El Santo varon Francisco, despues de haberles saludado, les dijo, que si acaso llevaban algo de pan con que socorrer á él y

á sus compañeros, que iban con necesidad.

A que todos respondieron, que se holgaran mucho de llevarlo para servirles; pero que ni aun para sí lo tenian, ni habian hallado por su dinero, y que cada uno tomára un pedazo de muy buena gana. Oido esto por el Santo, dijo al Sacerdote: Por caridad, Señor, que llevais pan en vuestras alforjas, hallemos al que sustenta los cuerpos. El Sacerdote afirmaba, que no lo llevaba, que á llevarlo, no fueran él ni sus compañeros tan hambrientos. Ea, por caridad, replicó el Santo, dadme vuestras alforjas, que en ellas hay pan.

En efecto el Sacerdote se las dió, abriólas el Santo á vista de todos, y halló en ellas un pan muy blanco y

regalado, de que se quedaron admirados, y mas el Clérigo, que no lo llevaba. Echóle el Santo á el pan la bendicion, y repartióle con tal caridad, habiendo dado á cada persona (de diez, ó doce que eran) un gran pedazo, y tomando para sí lo necesario, hubo para satisfacer todos su hambre cumplidamente, juzgando los de la tropa que Dios debia de haber criado milagrosamente aquel pan en las alforjas, ó enviadoselo á su siervo Francisco, para refrigerio de todos, por lo cual, y por la apacible compañía de los devotos Religiosos, fuéron con ellos con mucho gusto hasta el puerto de Catona, donde se despidieron de ellos, pesarosos de no poder gozar mas tiempo su devota y santa conversacion.

Poco despues de haber llegado el Santo y sus Compañeros á Catona, tuvieron noticia de que estaba un Navio disponiéndose para partirse al puerto de Milazo, que era el primero de las islas de Sicilia: fuéron á saber si los querian pasar en aquel navio la distancia que llaman el Faro de Mecina, y el Santo Francisco (con mucha humildad y cortesia) rogó al Patron, le hiciese caridad y limosna de pasarlos, porque eran unos pobres Religiosos, que no tenian con que poder pagar el flete. Oido por el Patron, respondió desabridamente, que no les habia costado á ellos de valde su Nave, ni comian él, y los suyos de limosna, que Dios los guiase. Vista por el Santo la resolucion del Patron, volvióse á sus

Compañeros, y dijoles: Hijos, ya habeis oido lo que se nos ha respondido, pidamos á nuestro Señor nos guie. Pusieronse de rodilla en oracion y al cabo de un rato se levantó el siervo de Dios Francisco, y dijo á sus Compañeros: Ea hijos, navio tenemos con la gracia del Señor, y quitándose el manto, le tendió sobre las aguas, y haciendo la señal de la Cruz, se puso en pie sobre él, teniendo su baculo en las manos, y mandó á sus Compañeros entrasen, y se acomodasen sobre el manto, lo hicieron y comenzaron á navegar con tan gran felicidad, que llegaron al puerto de Milazo mucho ántes, que los del navio: los cuales viéndolos ir de aquella manera, se admiraron, y no poco se arrepintieron en particular el

Patron, que se deshacia en lágrimas de la falta de caridad que habia tenido con gente tan santa y milagrosa. Llegados á Milazo, salieron á tierra, poniéndose el Santo su manto tan enjuto, como si no hubiera servido de esquife en aquella navegacion. Llegó luego mucha gente á reconocerlos, y viendo eran Religiosos tan dignos de veneracion, los recibieron como tales, y les hicieron muy caritativo hospedage.

Habiendo descansado los tres siervos de Dios, comunicó sus designios de fundar Convento el santo varon Francisco de Paula con los Gobernadores de aquella Villa: ellos se holgaron mucho de saberlo, ofreciendole ayudar en todo lo que pudiesen: y asi en breve le dieron sitio

en un arrabal que llamaban el Búrgo; lo cual fué por los años de mil cuatrocientos setenta y cuatro, teniendo el Santo á la sazon cuarenta y ocho de edad.

FUNDACION DEL CONVENTO de Milazo en Sicilia.

Comenzó el Siervo de Dios la fundacion de su Convento con gran aplauso y ayudas de los Fieles, por que las dulces palabras, egercicios del Santo y de sus devotos compañeros, traian admirada la gente, y le veneraban todos, como si fuera un Apóstol. El primer milagro que allí hizo fué poner él solo dos piedras en un edificio, que era menester veinte hombres para ellas.

Convirtió en agua dulce y bue-

na la de un pozo salobre, que habia en el sitio de aquel Convento.

Quitó la nube de un ojo á un hombre, que ya no veia, echando un poco de agua bendita.

Guió con su baculo las aguas de una montaña al Convento, por partes, que parecia imposible fuesen, por las muchas piedras que habia: por ocasion de estas aguas se habian originado algunos disgustos, y el Santo mandó á las aguas se volviesen por donde solian ir ántes, y le obedecieron, diciendo el Santo á algunos que echaban menos el agua, que mas importaba tener paz, que abundancia de agua.

Dió salud á una enferma apretada de calenturas, que le envió á decir, rogase á Dios por ella, de suer-

te, que cuando volvió el mensagero, ya ella sentia en sí mejoria.

Viéndose acosada una Corcilla de los perros de unos Cazadores, y no hallando refugio para librarse, se acogió al sagrado del Santo, que estaba en un monte con alguna gente cortando madera para la obra del convento, con cuyo refugio quedó libre.

Al cabo de algunos dias, viendodose la tal Corcilla otra vez en semejante aprieto, fué en busca de su valedor, se entró en el convento, y se fué á la puerta de su celda (estando él en oracion) y comenzó á dar validos, como pidiéndole socorro, abrióle el Santo la puerta, y la tuvo en su celda y compañia, hasta que se murió, con admiracion de los que la veian.

Dió de comer en el campo en otra ocasion á muchos hombres con un higo á falta de pan.

Traia cortando madera en un monte, léjos de la Villa, al pie de cincuenta hombres; encargoles á la partida que trabajasen con cuidado, que él les enviaria un refresco. Fueron al monte y trabajaron hasta que les pareció hora de comer, y como viesen se tardaba el refresco que esperaban, no hacian sino mirar si parecia alguna persona por el camino; mas como no viesen á nadie; y les apretase la hambre, se sentaron á murmurar del Santo y estando en esto, ven junto á sí de repente un hombre, que saludandolos, tendió su capa en el suelo, y puso sobre ella un pan muy blanco y un cuerecillo de vino que llevaba,

Holgaronse los trabajadores de ver el socorro, pero pareciéndoles poco segun su hambre, se comenzaron á disgustar y no querian comer; viendo esto el Portador del socorro les rogó comenzasen á comer, que Dios seria servido hubiese para todos; finalmente, se acomodaron á merendar. Fueles partiendo el pan, y dandoles de beber cuanto querian, y se admiraban, de que por mas pan que el hombre partia, y por mas que bebian, no se acabase siendo tan poco lo que se les habia llevado, y juntamente les parecia comian cosa de mas sustancia que pan. Acabada su merienda, se divirtieron en parlar unos con otros de modo que cuando quisieron preguntar al Portador, de donde habia traido pan, y vino tan bueno, ya se

les habia desaparecido, sin saber por donde, con que quedaron admirados, persuadiéndose á que el Siervo de Dios Francisco en diferente trage les habia llevado aquel refrigerio. Cuando volvieron á la villa dieron al Santo muchas gracias por el refresco, y él les dijo: Hijos, á Dios se las dad, que no le es dificultoso sustentar en el campo á los que le sirven; creed, que si le temeis no os faltará su socorro.

Yendose acabando el vino, que habia para los Religiosos, dió aviso el Despensero al Santo, para que se proveyese con tiempo, y oido por el Santo, dijo: Hijo, gastad eso que hay con nuestros hermanos, y dareis de ellos á los Oficiales, y pobres, que antes que se acabe lo proveerá nues-

tro Señor. Hizolo asi el Despensero, y cuando pensó no habia vino para seis dias, duró seis meses.

Al pie de tres años estuvo el Siervo de Dios en la referida fundacion, y teniendo ya el Convento en buen estado (que le titularon de JESUS, MARIA) poblado de algunos egemplares Religiosos, se volvió á Calabria su Patria á visitar sus primeras fundaciones y saber el estado de ellas y los progresos de sus primeros y muy amados hijos.

Vuelto, pues, el Santo desde Sicilia á Calabria, anduvo algun tiempo, como solícito y vigilante Pastor, de un Convento en otro consolando á sus hijos con su presencia y egemplar vida, egercitándose en muchas obras de piedad con los demas

prógimos, que en sus necesidades le hallaban siempre caritativo. Y como hubiese llegado la fama de su Santidad á oidos del Rey Luis Onceno de Francia (que á la sazon estaba muy enfermo en la ciudad de Turón, de gota coral y otros achaques) deseó de verlo, escribió al Siervo de Dios algunas cartas, pidiéndole encarecidamente le encomendase á Dios, y procurase llegarse á visitarle, ofreciendo serle agradecido á sí y á su nueva Religion. Recibidas las cartas por el Siervo de Dios, respondió al Rey humildemente, prometiendo encomendarlo á Nro. Sr. con todas veras; pero en cuanto á ir á visitarle, se excusó diciendo, que por entónces no le podia servir, respecto de andar muy ocupado en sus primeras funda-

ciones, y no poder desamparar sus hijos, que como plantas nuevas necesitaban de su doctrina y asistencia.

No será razon dejar de referir aqui lo que sucedió al Santo varon con el Conde de Arenas (llamado Nicolao) gran amigo y bienhechor suyo. Este Caballero, junto con ser muy noble, era gran Soldado, y por las noticias que de él tenia el Rey Don Fernando de Nápoles, le mandó ir á la defensa de Otranto, que poco antes la habian tomado los Moros. Habiendo de partirse el Conde á esta jornada, no quiso hacerlo sin despedirse de su Santo amigo y paysano: y habiendo ido á visitarle, despues de haber tenido los dos largos ratos de conversacion y encargado mucho el Conde al Sto. le encomendase á

Dios, y el Santo ofrecidole hacerlo, dandole alegres esperanzas de su viage, y victoriosa empresa, hizo sacar el Santo cantidad de candelas benditas de cera, y las repartió entre el Conde y soldados que le acompañaban, encargandoles tuviesen gran fé con ellas. Recibieron las candelas con mucha devocion todos, excepto uno que tuvo por superflua la dádiva, y despues de haber pasado la batalla se supo que el Conde habia alcanzado una muy singular victoria y que de los que habian ido con él á la presencia del Sto. solo habia muerto el Soldado, que habia menospreciado la candela. Es de notar, que ántes que los Moros tomasen á Otronto, lo habia profetizado el Sto.: hizo grandes penitencias, y mortificaciones

por el buen suceso, tanto, que en esta ocasion estuvo seis dias continuos con sus noches encerrado en su Celda, sin comer, ni beber, suplicando á Nro. Sr. diese victoria á los Cristianos; y mereció ser oido de su Divina Magestad. Sucedió esta libertad de Otranto por los años de mil cuatrocientos y ochenta.

Miéntras pasó lo referido, recibió el Rey de Francia la respuesta, que le envió el Siervo de Dios, y visto lo que le decia se persuadió á que no iria á visitarle, si persona superior no se lo mandase; y asi resolvió á enviar un embajador al Papa Sixto cuarto, y al Rey Don Fernando de Nápoles, para que le obligasen á que llegase á Francia.

Llegado á Roma el Embajador, su

Santidad escribió al Santo una carta enque le decia las palabras siguientes: Yo os ruego, venerable Siervo del Sr. que nos veamos luego en Roma. Tomó el Embajador la carta del Pontifice, y se partió en busca del Santo, que le halló en Corillano. Dióle razon de su legacia, con que no poco se mortificó el Siervo de Dios viendo resolucion tan apretada, á que no podia huir; pero juzgando ser voluntad de Dios, y lo que convenia, comenzó á disponer del gobierno de sus Conventos, y á desembarazarse para la jornada.

Despidióse tiernamente de sus Religiosos, consolándolos mucho, y dandoles santos documentos, derramando todos copiosas lagrimas, por la falta que sabian les habia de ha-

cer, tan Santo Padre y Maestro. Sabiendo Brigida Martolilo, tia de San Francisco, la resolucion de partirse á Roma, fué á despedirse de él; consolola el Santo sobrino con sus devotas razones, y no teniendo que dejarle, por prendas de su gran voluntad, se sacó una muela de su boca y se la dió. Fué muy grande el sentimiento que en comun tuvieron muchas personas seglares por su partida: despedianse de él con tiernas lágrimas y cariñosos abrazos: y en particular fué muy notable la despedida de Paulo Porta, gran aficionado del Sto. en cuya casa habia obrado Dios por su medio algunos milagros: y asi á la despedida, con tiernas lagrimas, asido de él dijo estas palabras: Adonde vais, Santísimo Padre Francisco,

consuelo de los pobres y gloria de nuestra Patria ¿á donde os vais, amigo de Dios, remediador de nuestros trabajos? Que será de nosotros sin vos? Quien nos socorrerá en nuestras miserias? Quien sanará nuestras enfermedades? Quien consolará nuestras tristezas? Suplicoos me encomendeis siempre á Dios, y me dejeis alguna cosa de vuestra mano para consuelo mio. Enternecido el Santo con palabras de su buen amigo Paulo Porta, le consoló ofreciéndole el socorro de sus oraciones, y la debida correspondencia á su buena voluntad; y por no hallarse con otra cosa que poder darle, sacó un panecillo que tenia en la manga, y se lo dió, con que quedó Paulo tan consolado, como si le hubiera

dejado una preciosísima joya. Despedido del Sto. llevó á su casa el panecillo, y encargó á su muger le guardase con mucha decencia. Tuvole guardado cinco años, conservándole Dios oloroso y fresco, y habiendo sucedido al cabo de ellos una hambre en aquella tierra, obligados de la necesidad, sacaron el panecillo, y comieron diez ú once personas, que eran en la familia, lo que les bastó á todos; notando, que al paso que se partia del panecillo, se iba aumentando de suerte, que guardaron parte de él para otra ocasion, alabando todos á nuestro Señor por esta maravilla.

CAPITULO III.

De como siendo llamado á Roma por el Papa Sixto IV, fué allá, y lo que le sucedió en este viage, y despues desde Roma á Francia.

Partióse del Convento y villa de Corillano el santo varon Francisco de Paula, en compañia del Embajador de Francia, que le habia venido á buscar, y de cuatro egemplares Religiosos que quiso llevar consigo (despues de haber gastado el Santo al pie de cuarenta y cinco años en las fundaciones de los ya referidos Conventos, y teniendo á la sazon setenta y cuatro años de edad). Dirigió el Embajador la jornada á

Nápoles, por besar la mano al Rey D. Fernando, el cual teniendo noticia de que llevaba consigo al Santo se holgó mucho, por que habia dias deseaba verlo: asi ordenó se les hiciese un gran recibimiento, y que los hospedasen en su Palacio. Llegados á él, besaron la mano á su Magestad, el cual los recibió agradablemente y el Santo se ofreció con humildad, y rendimiento á su servicio. Comunicóle el Rey despacio, y aunque le favoreció mucho, se conoció andaba con vana curiosidad haciendo experiencias de las virtudes del Santo. Una noche despues de haberse recogido los Religiosos en su cuarto, tuvo modo el Rey de entrar en él secretamente para ver lo que hacian, ó como dormian; pero como ellos no acos-

tumbran á dormir en camas tan regaladas como les tenian prevenidas, no los halló en ellas, sí recostados en el suelo, y al Santo en oracion, elevado en el ayre, que parecia salian rayos de luz de su rostro. Estuvole mirando el Rey un rato con notable admiracion, con que quedó certificado de su gran santidad, y tan afecto á él, que ya le pesaba de que se hubiese de ausentar de su Reyno.

Visitóle el Rey el dia siguiente, con mayor veneracion y agasajo que antes, y comunicóle algunos graves negocios de su Reyno, y el Santo con toda llaneza le dijo su parecer. Ofrecióse tratar de obligaciones satisfactorias; y el Siervo de Dios (con cortés libertad) le dijo pagase lo que debia, y que no oprimiese con excesivos tri-

butos á sus Vasallos; y justificándose el Rey en aquellas materias, dijo el Santo. Traiganme una moneda, que ella dirá la verdad. Sacó luego el Rey un escudo de oro y dióselo al Santo, el cual lo partió facilmente por medio, y al instante comenzó á destilar sangre y el Santo dijo al Rey: Sangre de pobres es esta, Señor, que da voces al Cielo. Quedó confuso, y atemorizado el Rey viendo semejante maravilla: mandó se quitasen muchas gavelas y tributos con que estaba oprimido aquel Reyno. Instando el Embajador de Francia en la partida para Roma, se despidió el Santo del Rey, el cual le ofreció grandes mercedes; pero él solo le suplicó le concediese una que fué, mandase dar á sus Religiosos una Ermita (que es-

taba fuera de Nápoles para que en ella se fundase un Convento; y no solo se lo concedió el Rey, sino que le prometió hacerlo edificar á su costa, y lo puso en ejecucion, dandole titulo de S. Luis, que al presente es uno de los mejores Conventos de aquella gran Ciudad. Viendo el Santo la liberal promesa del Rey, dispuso que de los cuatro Religiosos que habia llevado consigo, se quedasen alli dos para que fuesen egecutadores de aquella Real fundacion.

Despedido el Sto. Varon del Real Palacio, se le ofrecieron al paso dos mugeres muy enfermas, una de asma, y otra de lepra, y las sanó.

Habiéndose embarcado el Sto. con su compañia para Roma, llegaron breve: entraron en una Iglesia á dar gracias

á Nro. Sr. por el buen suceso, al salir, poniendo el Santo los ojos en el monte Pincio, dijo á sus Compañeros: En este Monte se edificará presto Convento de nuestra órden; lo cual sucedió asi por los años de mil cuatrocientos noventa y cinco, y le titularon de la Trinidad del Monte, y es hoy uno de los mejores de Roma.

Fueronse á hospedar á casa del Embajador de Francia, donde los recibieron con mucho agasajo, y cortesia, y despues de haber descansado fuéron á besar el pie á su Santidad, el cual recibió al Siervo de Dios con paternal afecto y familiaridad, levantandole luego de sus pies, y abrazandole cariñosamente le mandó sentar junto á sí: dióle el Siervo de Dios cumplidas gracias al Pontifice, por los fa-

vores que á él, y su Religion hacia, y por haberle mandado venir á su presencia, y servidose de emplearle en cosas de gusto. Estimole el Pontifice estos afectos, y ordenole se fuese á descansar, y que volviese á verle otro dia. Hizolo asi el Santo, y agrado tanto á su Beatitud su santa y dulce conversacion, que en otras dos ocasiones en que le visitó y comunicó cosas muy graves, duró cada visita al pie de tres horas: en la última mandó y rogó fuese á Francia á visitar al Rey Luis, que estaba muy deseoso de verle, haciéndole liberales ofertas en utilidad de su Religion: el Siervo de Dios se postró á los pies del Pontifice, le pidió su bendicion, ofreciendo egecutar su mandato. Despidiose del Embajador,

y de otros Señores, que le habian honrado, y se fué á embarcar con su compañia para el viage de Francia.

Habiendo tenido noticias de la partida del Santo una devota muger, sintió mucho el no haberle besado la mano, y pedidole alguna cosa, para tenerla por reliquia, y viendola desconsolada otra buena muger le dijo, que ella tenia cantidad de heno, sobre que el Siervo de Dios habia dormido miéntras habia estado en Roma, que si queria parte de él se lo daria. Estimó la devota muger la oferta, fué por el heno, y lo pasó á su casa, teniéndole por una gran Reliquia. Pusolo sobre una mesa, y á poco rato llegó su marido, preguntó que para que estaba allí aquel heno? Ella refirió su devocion; y como

él era ménos devoto, fué á tomarlo para arrojarlo por la ventana, tratando á la muger de supersticiosa; pero en pena de su demasia, no hubo bien puesto mano sobre el heno, cuando sintió en ella y en un muslo un dolor intolerable: conoció era castigo de su poca fé, y pidió á Dios perdon de su demasia, y como el dolor le fatigase mucho (por consejo de su muger) fué en busca del Santo, y le halló que ya se queria embarcar: pusose de rodillas en su presencia, y pidióle su bendicion, y el Santo se la echó diciéndole, que en adelante no fuese incredulo. Hallóse luego libre del dolor, y volviose alegre á su casa, estimando despues el heno sobremanera.

Embarcados para Francia, suce-

dió encallarse la Nave en la arena, y por consejo del Santo la sacaron en breve. Despues se levantó una tempestad, y por su oracion se aplacó. Mas adelante le salieron Piratas enemigos, y afligiéndose los Marineros, el Santo los consoló, certificándolos, de que no peligraria su Navio, ni los que iban en él, como sucedió; porque aunque los enemigos le dispararon muchas piezas de artilleria, ninguna tocó al Navio.

Pasando á la vista de Génova, miró el Santo á la parte del monte Laterno, y dijo á sus Compañeros: servirase nuestro Señor, que presto tengamos Convento en aquel monte, y se llamará de JESUS MARIA.

Otro tanto pronosticó, cuandó pasó por la ciudad de Salerno, en el

mismo viage, y todo se vió cumplido dentro de pocos años.

Tomaron resolucion de desembarcar en Marsella; pero no se les permitió por los temores de peste, que entónces habia; y asi pasaron á la villa de Bormés, y aunque tambien se les hacia resistencia, guiado el navio por superior Piloto, se entró en el puerto, y estando ya dentro el Santo puesto sobre la popa, en voz alta dijo á los que le impedian la entrada: Dios esta con nosotros; permitid que entremos, que no hay daño alguno. Lo cual oido por ellos, los dejaron entrar, y sabiendo habia muchos apestados en algunos Hospitales, fué el Stó. con sus Compañeros á visitarlos, y fué cosa maravillosa, que en echandoles el Santo la bendicion,

luego quedaban sanos. Tambien sucedió que habiendo entrado el Santo á rezar en una Iglesia, que le estaban acabando de labrar, como viese que muchos Oficiales, con todas sus trazas y artificios no podian subir una viga grande á lo alto del edificio, y que se fatigaban mucho sin provecho; acercose á ellos el Santo y asiendo de la viga dijo: Por caridad, no habeis de servir al Sr. con tanto trabajo; y diciendo esto, le dió un envion á la viga, que la hizo subir á su lugar con gran presteza y con notable admiracion de los presentes. Viendo y oyendo estas cosas los de Bormés, no sabian que hacer con el Sto. quisieron poderle detener, para refugio y protector de sus necesidades; pero ya que no pudieron, se le

mostraron agradecidos en vida y en muerte, entónces venerandole y despues de su muerte y canonizacion, consagrandole un templo, y eligiéndole por su Patron, por cuyos méritos han experimentado, que jamas desde entónces ha habido peste en aquella Villa, habiéndola habido en otros algunos lugares circunvecinos.

Salieron de Bormés, y prosiguieron su viage á Turón de Francia; donde á la sazon tenia su Corte el Rey Luis, que esperaba por instantes al Sto. gozosísimo, por prometerse, teniéndole cerca de sí, conseguir la salud, que tanto deseaba; y otras muchas felicidades en utilidad de su persona y Reyno.

CAPITULO VI.

De la llegada á Turón de S. Francisco de Paula, los favores que le hizo el Rey, y sus progresos en algunos años que residió en Francia.

Llegados á Turón, el Embajador envió aviso á su Magestad, el cual luego que supo, que el Siervo de Dios se acercaba á Palacio, pidió de vestir, y se levantó de la cama para hacer mayor demostracion de su alegria y habiendo llegado, y entrado á su presencia, con gran acompañamiento de Señores y Caballeros, besó al Rey la mano el Santo humilde y religiosamente, dióle sus excusas de no haber venido ántes á cumplir su mandato, y ofreciose con rendi-

miento á todo lo que fuese en su servicio. Recibióle su Magestad con gran veneracion abrazándole y besándole el hábito, agradeciéndole su venida, y las incomodidades de tan largo viage. Mandóles aposentar en su Palacio, y ordenóse les hiciese en él el debido hospedage, miéntras se les labraba Convento.

Fué cosa notable ver el cariño y aficion que el Rey Luis mostró á San Francisco, desde que le comenzó á comunicar, de manera, que parecia no hallarse sin su compañia, consultándole de ordinario las cosas mas graves y de importancia de su Reyno, tanto que parecia no hacer caso de sus privados, de que al cabo de algunos dias, no pocos sentimientos manifestaron algunos y en particular

un Médico de Cámara del Rey, que picado de la envidia, pretendió descomponer al Santo con su Magestad, y le dijo que el Siervo de Dios no era desinteresado, y Sto. como se decia: y asi, que le hiciese algunas pruebas para conocer sus virtudes, que le ofreciese dádivas y honores, y otras cosas á este modo. Aunque el Rey hacia la estimacion debida al Santo, no le desagradó el consejo; ordenó le llevasen á su cuarto una rica bajilla de plata, enviándole á decir, se sirviese de ella; pero el Santo (á quien no se ocultó el fin con que aquello se hacia) se la volvió al Rey, diciendo, que su Magestad remediase con ella algunos pobres, que para él, y sus Compañeros unas pocas de yerbas bastaban en platos de barro. En

otra ocasion estando el Rey á solas con el Santo le probó, ofreciéndole cantidad de dineros para sus necesidades; mas el Santo le dió su merecida respuesta, diciéndole: Ni yo Señor tengo necesidad de vuestras dadivas, ni vos de cansaros en lo que pretendeis: mejor será restituir lo que no es vuestro, y tratar de lo eterno, pues lo temporal se os acabará muy presto. Mirad, Señor que os engañan, y yo sé, que presto me habeis de oir mucho, que os aproveche. Admirose el Rey de ver su incontrastable valor, y de que hubiese conocido el fin de aquellas curiosas pruebas, y asi le pidió perdon, y le rogó le encomendase muy de veras á Dios, y le suplicase le diese salud.

En otra ocasion, estando los dos

solos, y el Rey en la cama apretado de sus continuos achaques, dijo al Santo: tres cosas deseo mucho, Padre, que me digais: La primera, si sanaré de esta prolija enfermedad, que tanto me fatiga? La segunda, lo que debo hacer en el caso de los condados de Rosellon y Zardaña? Y la tercera, que desventuras han de ser las que me habeis significado sucederán en mis Reynos despues de mis dias? A que el Siervo de Dios le respondió lo siguiente.

A lo primero digo, Señor, que conviene disponga vuestra Magestad sus cosas con tiempo, porque será muy presto el fin de sus dias.

A lo segundo, que restituya á los Reyes de Aragon lo que les pertenece.

Y á lo tercero, digo, que por los pecados de Francia la castigará Dios, permitiendo en ella el mayor mal del mundo, que es la heregía: Lo cual oido por el Rey, se quedó admirado, persuadiéndose á que todo sucederia como el Santo lo habia dicho. Vieron en breve cumplidas las dos primeras, y la tercera no tardó mucho tiempo en experimentarse.

En un lugar cerca de Turón habia un loco muy furioso, el cual se fué á Turón á la presencia del Santo y conociendo el achaque, hizo decir por el enfermo una Salve cantada á nuestra Señora, con que luego quedó sano.

En el sitio donde se sacaba piedra para la obra de aquel Convento se descubrieron muchas culebras que

amedrentaban á los que las sacaban y queriendo el Santo quitarles aquel inconveniente fué al sitio, cogió con sus manos las culebras una á una, metiólas en las mangas y las llevó á otra parte, sin que le hiciesen ningun daño.

En la fundacion de Paula sucedió otro tanto con unas abejas, que en la cantera lastimaban malamente á los Oficiales.

En muchas ocasiones se experimentó, que el Siervo de Dios Francisco penetraba los interiores. Viviendo en el convento de Paterno, ántes de pasar á Francia, fué un hombre á pedirle salud para un hijo suyo, que estaba enfermo; oyóle su peticion, y le dijo: Mucho cuidado teneis de la salud de tu hijo, y nin-

guno de la de tu alma: Toma estas yerbas para la salud de tu enfermo, vuelve á su dueño esta fruta que me traes, y limpia tu conciencia. Fué el caso, que pareciéndole al buen hombre obligaria mas al Santo si le llevase algo, entró en la huerta de un vecino suyo, y cogió una cestica de cerezas, y llevoselas presentadas; pero conociendo el Santo que eran hurtadas no las quiso recibir.

Habiendo llegado el fin de los dias del Rey Luis onceno, sucedióle en el Reyno su hijo Cárlos octavo, el cual aunque su Padre le habia encargado tuviese al Santo en lugar de padre, y que le venerase como Profeta: como brioso y divertido, no hacia tanta estimacion de los

saludables, y santos consejos del Siervo de Dios como debiera, si bien le visitaba algunas veces, llamándole mi Santo hombre y venerándole como á tal; á su contemplacion acabó de edificar aquel Convento de Turón, y restituyó los condados de Rosellón y Zardaña, como su Padre se lo habia dejado ordenado.

Habiendo ido el Rey Cárlos á visitar al Santo llegando á la puerta de su Celda, acompañado de algunos Religiosos y Caballeros, la hallaron cerrada; llamaron algunas veces, y no respondia, y como supiesen que estaba dentro, y que no habia salido en dos ó tres dias, temieron si acaso se habria muerto: llamóle el Rey en voz alta, diciendo:

Abrid, mi Santo hombre, que os vengo á visitar, y tampoco respondió. Con esto dijo el Rey, que se buscase con que abrir la puerta, para ver la causa: hízose asi, abriéndola, y asomandose el Rey y otros, vieron al Santo elevado en el ayre, rodeado de muchos Angeles, entre los cuales vieron uno de maravillosa y superior presencia que tenia embrazado un escudo de armas con resplandecientes rayos, y dentro de él esculpidas letras de la caridad, significando era la voluntad del Sr. darle aquel tan excelente blason, y armas al Santo, para que sus hijos y Religion se honrase en adelante, con cuya vision quedaron admirados, alabando á nuestro Señor por los favores, que hacia á su siervo y á ellos, permi-

tiendo gozasen de tan extraordinaria vision; y asi, viendo el Rey estaba el Santo ocupado con el del Cielo, se fué, dilatando su vista para otro dia.

En tiempo de este Rey Cárlos vivia en Turón un Mercader mozo, que estaba muy enfermo de lamparones; llegó este (entre otros enfermos) á que el Santo le tocase; tocólos á todos y habiendo sanado los demas, el Mercader se quedó con su mal; viéndole afligido una tia suya devota del siervo de Dios Francisco le consoló y persuadió fuese en su busca á pedirle salud. Fué en efecto, y el Sto. le recibió caritativamente, y le exortó á que confiase en Dios seria sano. Mandóle ayunar los Viérnes de todo un año, en memoria de la Pasion de Cristo Nro. Sr. y que

sirviese á su divina Magestad como buen Cristiano, y él lo fué egecutando asi, y al tercer Viérnes de sus ayunos se halló sano y muy consolado.

Teniendo noticia dos Doctores Parisienses, que el Siervo de Dios, sin haber estudiado, predicaba con gran espíritu, y aprovechamiento de los que le oian, fuéron á Turón á verle, y examinar su ciencia: y habiendo inspirado Dios al Sto. de los intentos de aquellos Doctores cuando habian de entrar en la Ciudad tenia prevenidos dos Religiosos, que les diesen de su parte la bien llegada (como lo hicieron) ofreciéndoles su Convento para servirlos en él.

Admiraronse los Doctores, que el Siervo de Dios supiese su secreta

venida, por no haberla comunicado á nadie; agradecieron la cortesia, y ofrecieron irle á visitar; y habiendolo hecho, comenzaron á ventilar con él algunos puntos delicados de materias dificultosas (delante de muchas personas bien entendidas) y les dió tan alta, y admirable solucion, que se quedaron suspensos de oirle, persuadiéndose á que habia dado Dios á aquel Siervo ciencia infusa, entre las demas gracias que le habia comunicado.

Fué muy corta la vida del Rey Cárlos Octavo, pues murió á los veinte y ocho años de edad, y á los catorce de su Gobierno, cosa que sintió mucho el Siervo de Dios, por haberle tenido particular voluntad, desde que era niño, como por ha-

bersele encargado mucho el Rey su Padre. Comenzaron con la muerte de Cárlos á alterarse las cosas de Francia, y como el Sto. lo sintiese, procuraba con veras volverse á Italia; pero habiendo sucedido en el Reyno á Cárlos el Rey Luis doce, cuñado, como tuviese noticia de la resolucion del Santo se lo estorbó, yendo á verle desde la ciudad de Blés. Visitó este Rey al Santo, y una vez la visita duró cuatro horas, despues de la cual salió el Rey de la celda del Santo bañados los ojos en lágrimas y tan tierno, que dijo á los que esperaban: Nunca pensé, que en el mundo hubiera tan celestial hombre! Yo os afirmo con juramento que me ha descubierto los mas intimos pensamientos de mi pe-

cho. Hizo este Rey al Santo, y á su Religion muy grandes favores, concediéndoles muchos y extraordinarios privilegios y excepciones.

Por este tiempo pasó desde Calabria á Turón (en busca del Santo) Felipe Camiliano, mancebo principal, paisano conocido suyo, á rogarle le vistiese su Sto. hábito, porque habia mucho tiempo lo deseaba; y habiendo el Siervo de Dios comunicadole despacio, le dijo: que no era para el estado de Religioso, sino el de matrimonio, y que asi se podria volver á su Patria, que le daba por señas, que la primer muger que viese entrar en la Iglesia de su Lugar el primer dia que fuese á ella, con aquella se habia de casar. Volvióse Camiliano á su Patria, y observó con

cuidado las señas, y circunstancias referidas; pero como viese que la primera muger que entró en la Iglesia aquel dia era casada, dudó de la profecia; pero sucedió que enviudó en breve, y asi se casó con ella, como el Santo lo habia dicho.

Bernardino Mingo, Calabrés, por haber tenido ciertos disgustos en su Patria se resolvió pasarse á Francia, miéntras las cosas se componian. Fuese á Turón, y se estuvo algun tiempo visitando á su Santo Paisano: pasados algunos años, pareciéndole que ya los contrarios se habian aplacado, resolvió volverse á su Patria: comunicó el caso con el Sto. y él le dijo, que mirase que habia peligro en la vuelta; pero ya que estaba resuelto á ir le queria dar un Cordon

suyo, para que le ciñese, y tragese siempre puesto, advirtiéndole, que el dia que se le dejase de poner, ese dia le matarian. Pusose el Cordon, volvióse á su tierra, y aunque conoció la mala voluntad de sus contrarios, nunca vió indicios de quererle ofender, porque el Cordon del Santo que siempre traia ceñido, era para él defensa y proteccion. Sucedióle, finalmente, madrugar un dia para ir á caza, y con el cuidado se le olvidó el Cordon. Al salir del Lugar echó ménos su Cordon, y volvió á buscarle, y viéndole sus enemigos, acometieron á él, y le mataron sin poderse defender, como le estaba profetizado.

Cuando el Santo pasó á Francia llevó en su compañía un sobrino su-

yo, llamado Alesio; este, por respeto del Sto., le hizo acomodar el Rey Luis onceno en ocupacion honrada, y despues se casó en Turón con una Señora principal, de quien tuvo algunos hijos. Siendo uno de ellos ya mancebo, se inclinó á ser Religioso en el convento de su Santo tio, y se lo estorbó su madre, por decir, que era muy delicado para llevar el rigor de esta Religion; corrió algun tiempo sin resolverse á tomar estado, y en él le sobrevino una rigorosa enfermedad, que le quitó la vida; sintiólo la madre sobre manera, persuadiéndose á que se lo habia quitado Dios, por no haber dádoselo ella, para que le sirviese en la Religion. Muerto el mancebo, hizole llevar su madre al convento del Santo, y po-

nerle en su presencia (acompañandole ella) y estando delante del Sto. le dijo estas palabras: Yo os quité á mi hijo vivo para mí, Francisco, muerto os lo traigo, rogad á Dios, que viva por vuestros merecimientos, y desde luego os servid de él con vuestro Sto. hábito. Consoló el Siervo de Dios á la madre del difunto, y á él le hizo llevar á su Celda, encerrándose con él; estuvo toda la noche en oracion, y le resucitó de manera, que á la hora de prima el Sto. llevó consigo al mancebo al coro, y haciendo traer un hábito y cordon, le vistió para Novicio, y vestido se lo bajó á su madre á la Iglesia, donde habia estado con otra gente aguardando el suceso. Admiraronse ella, y los demas de ver resucitado al que el dia

ántes habian visto muerto: profesó, y vivió muchos años en la órden y se llamó Fr. Francisco de Viton.

Por este mismo tiempo nació otro hermano ó primo del referido resucitado, mudo y manco de pies y manos: rogaron sus Padres al Sto. pariente le sanase; y volviendo sus padres de oir Misa desde el Convento del Santo hallaron al niño parlando claramente, y sano de pies y manos. Creció el tal niño, y á su tiempo recibió nuestro Santo hábito, se llamó Fr. Francisco de Paula (como su Santo tio) y le fué imitador en las virtudes.

Habiendo venido de Roma á Turón el Cardenal D. Julian de la Robere, teniendo noticia de la santidad de Francisco, le visitó algunas

veces, gustando mucho de su devota conversacion. En una de ellas le profetizó el siervo de Dios Francisco al Cardenal, que presto seria electo Pontifice, lo cual sucedió asi; se llamó en su asuncion Julio segundo y favoreció mucho al Sto. y á su Religion, confirmándole las últimas reglas que ordenó para frailes, monjas y terceros.

Tambien tuvo el Siervo de Dios estrecha comunicacion con el Obispo de Granoble, el cual fué tan gran bienhechor de nuestra órden, que edificó un Convento en la ciudad de Ambosia de Francia: sucedió, que habiendo ido el Obispo á Ambosia á visitar al Santo, y á ver el estado de la obra, y á pedirle encomendase á Dios dos sobrinos suyos,

que estaban muy enfermos de calenturas; comunicaron los dos sus negocios, y al despedirse, ofreció el Santo acordarse de los sobrinos enfermos; y le dió un panecillo para que se les diese, y comiesen de él. Llevoselo el Obispo con gran fé pareciéndole que en él les llevaba la salud; de suerte, que comiendo del panecillo, se sintieron con mejor disposicion, y en breve se hallaron sanos de sus achaques.

Otra Señora casada, habiendo tenido ya tres peligrosos partos, y en todos habia echado las criaturas muertas; hallándose preñada, y temiendo no le sucediese otro tanto, rogó al Santo pidiese á Dios le diese buen alumbramiento, y él le ofreció hacerlo, y le dió dos candelas bendi-

tas, para que encendiese una al tiempo del parto: hizose asi, y fué Dios servido, que en breve parió felizmente un gracioso niño, que se crió, y vivió muchos años. La segunda candela se la dió aquella Señora á una amiga suya, que padeció flujo de sangre, con que cesó su achaque, y ambas quedaron consoladas.

Teniendo noticia el Obispo de Rosa (que estaba en Turón) de las maravillas que Dios obraba por el Siervo de Dios, fué á pedirle tuviese por encomendado á un sobrino suyo, que por ser mozo, galan y divertido, una muger le habia dado veneno por ciertos zelos: el Santo le ofreció rogar á Dios por él, y luego envió dos Religiosos que le dijesen los Evangelios: habiéndoselos

dicho, arrojó todo el veneno, y quedó bueno.

Un Ciudadano de Turón (llamado Bernardino Proveniano) quedó ciego y mudo de una peligrosa enfermedad; su muger desconsolada de verle asi, fué á rogar al Santo le encomendase á Dios, ofreciéndole que si sanaba, su marido y ella se harian luego Terceros de su órden, y le servirian en todo cuanto pudiesen. Fué cosa notable, que habiendo hecho el Santo oracion por el enfermo, el mismo dia sanó de ambos achaques, recobró su vista y habla; dentro de poco llevaron sus vestidos de Terceros al Santo, y él se los puso con espiritual gozo y alegria

Suspendiendo por ahora otras cosas, que no hacen instancia, me ha

parecido será bien referir algunas particularidades de las heróicas virtudes, y admirable modo de vida, que prosiguió y continuó en el discurso de su larga, y bien empleada edad, nuestro glorioso Padre S Francisco, que si bien se considera toda ella, parece un continuado milagro; pues como se refiere en las lecciones de su particular oficio (sacadas del proceso de su canonizacion) casi siempre ayunaba este gran Siervo de Dios á pan y agua; y esta muy limitada refaccion era sola una vez, ó por mejor decir á la noche. Los Viérnes no solia comer nada, comulgar sí, y hacer otras particulares mortificaciones en memoria de la Pasion de Cristo Nro. Sr. de que fué devotisimo, y se le notó, que en tales dias

solia hacer particulares milagros que en los demas.

Sucedia pasarsele dos, y tres dias sin comer nada estando absorto en la divina contemplacion, y muy satisfecho con los extraordinarios favores, que en sus santos egercicios nuestro Sr. le comunicaba. En algunas fiestas particulares solia juntar al pan algunas verduras. El Autor de la Cronica que refiero, cita otro autor Italiano, puesto al márgen, que dice, que en toda una Cuaresma no comió cosa alguna este Santo Varon.

En una ocasion enfermó de calenturas maliciosas (estando en el convento de Paterno) y no pudo conseguir con él el Médico que siquiera comiese unos huevos, diciendo, que para él harto regalo era unas

yerbas con pan y agua, y asi pasó su enfermedad levantandose fuerte, y alentado, con admiracion del Médico: tal vez hallándose descaecido, juntaba al pan algunas legumbres cocidas, y bebia un poco de vino: sus disciplinas, cilicios y mortificaciones eran muchas y continuas. Lo poco que de noche reposaba (despues de sus largas vigilias) venia á ser mas mortificacion, que descanso; porque por muchos años durmió sobre unas tablas, y despues en Francia sobre unos sarmientos cubiertos con una estera, y una piedra por cabezera. Traia de ordinario los pies descalzos del todo en Invierno y Verano, hasta que entró en crecida edad, que usó de unos suecos, ó alpargates: cosa notable, que cuando andaba des-

calzo, ni el polvo ni lodo le ensuciaba los pies, ni las espinas le punzaban, siempre los traia limpios y frescos, como si no saliera de la Celda. Su hábito era de paño basta, viejo y pobre, aunque limpio, de suerte, que le servia mas para cubrir la desnudez, que para reparo de los calores en el Verano, ni frios en el Invierno; y con andar de ordinario trabajando en las obras, y no tener mas que un solo hábito, que ni de dia, ni de noche se lo quitaba, ni se le vió manchado, ni se conoció que despidiese de él mal olor, ni criase alguna comun inmundicia.

Fué tan humilde, que le parecia ser la escoria y desecho de la República, y podrase conocer bien esto no solo en los humildes egerci-

cios en que de ordinario se empleaba, sino tambien en que siendo General de su Religion, él por sus manos lavaba muchas veces las túnicas de los enfermos, y las de los Novicios, y las solía remendar, diciéndoles, que hacia aquello por enseñarlos, y darles buen exemplo, procurando imitar á Cristo Nro. Sr. que dijo en su Evangelio, que no habia venido á ser servido, sino á servir; que no se daban los oficios para regalarse los Prelados, y hacer trabajar á los demas: y añadia, que no podia haber semejante daño en las Comunidades, como la singularidad: pues en los que la tuviesen no faltarian altiveces; ni en los demas desconsuelos. Conocióse tambien su gran humildad, en que nunca quiso ascender á mas al-

to estado y dignidad, que á la de un pobre Religioso lego, en que perseveró siempre, y en el renombre y título de mínimos, que dió á los Religiosos de su órden, como consta de la Regla de ella, confirmada por la Santidad del Papa Julio segundo, que aunque al principio se nombró Congregacion de los Ermitaños de Fray Francisco de Paula, como parece de la Bula, que primero obtuvo del arzobispo de Cosencia Pirro; despues á peticion del Sto. el referido Pontifice Julio, y otros han conservado á esta Santa Religion el renombre de Mínima.

Es cosa constante, que el Santo Varon siempre permaneció virgen (como se refiere en el proceso de su Canonizacion) y que conservó su

anima siempre pura y limpia, como ofrenda y sacrificio dedicado á Dios desde sus tiernos años.

En cuanto su fisonomia hallo entre el Autor de la Cronica (de que me valgo) y otro Autor Italiano de la misma órden, algo de diferencia, y por que las copias de la pintura del Sto. ordinariamente son conformes á la relacion del Italiano, me conformo con ella, porque todo tuvo mas ocasion de examinarlo, que el otro Autor.

Dice, pues, este, que fué de mediana estatura, bien poblado de cabello y barba, el rostro moreno, la nariz algo roma, un poco cargado de espaldas, robusto y fuerte, y que ordinariamente traia un baculo en las manos.

Gobernó el siervo de Dios Francisco en sus principios su familia prudente y santamente, sin regla escrita: Observando con toda perfeccion (él con los suyos) los diez Mandamientos de Dios, los cinco de la Iglesia, y los consejos Evangelicos, hasta que despues estando ya en Francia, ordenó Regla por donde mas ajustadamente se gobernasen los Religiosos en adelante, que consta de diez Capítulos, tan caritativos, prudentes y santos, que se refiere en su oficio, fuéron inspirados de Dios: dió á los suyos Regla, que abraza, y encierra en si la perfeccion de toda la Religion.

Entre tantas y tan santas disposiciones como en la Regla se contienen, solamente obliga á pecado mor-

tal el quebrantamiento de los cuatro Votos solemnes, que en la profesion se hacen, que son el de la Obediencia, Castidad, Pobreza y vida Cuaresmal (aunque este último no obliga en tiempo de enfermedad). Ordenó asimismo Regla para Monjas, y otra para personas Seglares, que quisiesen ser Hermanos, ó Terceros de la Religion, todo lo cual aprobó, y confirmó la Santidad del Papa Julio segundo y sus sucesores; y en cuanto á los Terceros, y Hermanos de nuestra Orden el Papa Leon X les concedió, que gozasen en adelante de todas las Indulgencias, gracias y favores de que gozaban, y gozan los Terceros de la órden del Seráfico Padre San Francisco de Asis, por su particular Bula, expedida en Roma

el año de mil quinientos y trece.

CAPITULO V.

De como el Sto. envió Religiosos desde Francia á España á fundar Conventos. Lo que sucedió en esta mision, y otras cosas convenientes.

Despues de haber fundado el Santo algunos conventos en Francia y ganado Bulas de Sumos Pontifices para poder fundar otros por toda la Cristiandad (inspirado de Dios) determinó enviar algunos devotos Religiosos por diversos Reynos y Provincias, para ponerlo en egecucion, entregándoles para este efecto las patentes y cartas de recomendacion para los Sres. Reyes, y Potentados de ellas, suplicándoles

tuviesen por encomendados á sus hijos, y les hiciesen la caridad posible; y en particular consta envió desde Túrón de Francia á España doce Religiosos de conocida virtud, y egemplares vidas, personas de quienes el Santo tenia entera satisfaccion y por su Vicario General al Venerable y prudente Padre Fray Bernardo Buil, los cuales dirigieron su viage por Toledo á la ciudad de Andujar en Andalucía, á causa de que el uno de ellos (que se llamaba Fr. Fernando Panduro) era de alli natural, y tambien porque un principal Caballero deudo de este Religioso (llamado Pedro de Lucena) residia en dicha Ciudad, y por haber estado por Embajador en Turón y tenido particular amistad con

San Francisco de Paula, traian cartas para él, en que le rogaba los favoreciese en su pretension, como lo hizo hasta acompañarlos para dar las cartas que traian á los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel (que á la sazon estaban en Sevilla) de quienes fuéron devotamente recibidas; aunque por causa de las guerras contra los Moros de Málaga, no hubo ocasion de atender por entónces á sus pretensiones: y como los referidos Religiosos viesen iba el negocio tan despacio, determinaron volverse á Francia á dar cuenta á su Santo Superior del estado de su legacia. Hicieronlo asi, y él los recibió poco gustoso, por ver la poca perseverancia que habian tenido en negocio de tanta importancia. En fin,

dentro de poco tiempo el Santo envió otros Religiosos con los Padres Vicario General Buil, y Fray Fernando Panduro. En la segunda venida se solicitó con mayores veras y fué Nro. Sr. servido se consiguiese el intento, porque habiendo tenido el Rey Católico Don Fernando cercada á Málaga, ocupada de los Moros, y estando ya sin esperanzas de recuperarla, y resuelto á levantar el cerco, dos de nuestros Religiosos le digeron de parte de nuestro Santo Padre, no le levantase tan presto, porque en breve desampararian los Moros la Ciudad, y habiéndolo egecutado asi, los Moros se fuéron, y su Magestad se apoderó de Málaga en diez y ocho de Agosto de mil cuatrocientos ochenta y siete; y entre

las demostraciones de agradecimiento, que despues dedicaron á Dios los Católicos Reyes, fué una dar á los referidos Religiosos la Sta. Imagen de Nra. Sra. de la Victoria, sitio donde habian tenido sus Magestades la mayor parte de su ejército, para que en él fundasen su primer Convento; concediéndoles asimismo muy favorables privilegios y mercedes para poder fundar otros por todos sus Reynos; y para poderse titular en adelante de Nra. Sra. de la Victoria, por la gran parte que se les atribuyó, en la que se consiguió en aquella ocasion. Fundóse el referido Convento de Málaga por los años de mil cuatrocientos noventa y dos; poco despues los conventos de Frayles y Monjas de Andujar, el del Puer-

to de Santa Maria, y el de Ecija.

Deseando el bendito Padre San Francisco de Paula ver puesto en egecucion lo que tanto deseaba, acerca de añadir á los tres votos de Obediencia, Castidad y Pobreza, el cuarto de la vida Cuaresmal; habiendo suplicado á Nro. Sr. dispusiese los animos de sus Religiosos para su mayor honra y gloria, y explendor de la misma Religion, confiado en que le haria esta merced, hizo un dia congregar á todos los Religiosos, que á la sazon se hallaban en aquel Convento de JESUS MARIA de Turón en una sala grande, y alli les dijo (con alentado espíritu, y fervoroso zelo) muchas cosas acerca de cuan agradable es á Dios la mortificacion y penitencia, á fin de per-

suadirlos á abrazar y admitir el dicho cuarto voto: y como esto no bastase, para que se resolviese á hacerlo quiso Nro. Sr. manifestar (con un extraordinario milagro) que lo que su siervo Francisco les habia propuesto, era su voluntad, y asi sucedió, que repentinamente se encendió el suelo de la sala donde estaban (que era de tablas) con el calor de un brasero de cobre, que se habia llevado para abrigo de la pieza, de suerte que les causó notable espanto; lo cual visto por el Santo, les dijo, no temiesen, que aquello lo habia dispuesto asi Nro. Sr. para encender sus tibios y resfriados corazones, y para que se persuadiesen era asi; atendiesen á lo que él (favorecido de Dios) hacia; tomó el Santo el brase-

ro (que estaba encendido como las mismas asquas) y le levantó en alto con sus manos desnudas, y le tuvo asido á vista de todos, por espacio de tres Credos, de que los Religiosos se quedaron admirados, y persuadidos á que lo que su Santo Padre les aconsejaba era muy agradable á Dios, y asi se resolvieron á ello; de que el Santo quedó muy gozoso, sin haber recibido ningun daño del fuego, y dió á Nro. Señor muchas gracias, por que asi habia favorecido sus intentos; pero aunque los referidos Religiosos habian conformadose con su Santo Padre en lo dicho, otros no se conformaron; mas siendo la voluntad de Dios, que se admitiese como su Siervo lo habia propuesto, habiéndose congregado

en Roma lo principal, que habia en la Religion, para celebrar el primer Capitulo General (despues del tránsito del Santo) conferido el caso, aunque hubo diversos pareceres, se admitió dicho cuarto voto en aquel Capitulo, lo cual sucedió por los fines de Diciembre del año de mil quinientos y siete, y desde entónces todos los Religiosos que han ido profesando han hecho el cuarto voto de vida Cuaresmal, segun la disposicion de la Regla, y aunque ántes de esto tampoco se comia carne en nuestros Conventos, no era por razon de voto, sino por mortificacion voluntaria; y para comprobacion de que no se comia, parece vendrá bien aqui referir lo que sucedió un dia en el convento de Paterno. Vinieron unos

Seglares bien hechores, y por agasajarlo el Santo los envió á comer al Refectorio; pero como ellos supiesen la poca sustancia de la comida de los Religiosos, se previnieron de cosa mejor, y llevaron un buen pedazo de vaca fiambre. Sentados á la mesa, no haciendo caso de las legumbres, sacaron su vaca, y la hallaron tan hedionda, y llena de gusanos, que tuvieron verguenza de que otros lo viesen y oliesen, atribuyendo la corrupcion de la carne á milagro del Santo por no haber estimado sus legumbres, y haber violado su abstinente Refectorio.

CAPITULO VI.

En que se refiere algunos milagros que el Santo hizo despues. Tratase de su muerte, y de otras cosas que sucedieron.

Miéntras el Santo estuvo en Francia obró Dios por su medio otros milagros (ademas de los ya referidos) con algunas grandes Señoras, tenidas por esteriles, y entre otras fué una Madama Luisa, hija de los Duque de Saboya, casada con Cárlos, Duque de Angulema, que al cabo de algunos años de matrimonio, por las oraciones del Santo parió á Francisco Valois, primer Rey de Francia de este nombre.

Ana, Princesa de Francia, hija de Luis onceno, casada con D. Pedro de Borbon, por la misma causa se encomendó muy de veras al Santo, y él la certificó, que presto le daria Dios sucesion; á que ella replicó, que le prometia, en teniendola, le edificaria un convento, lo cual en breve vió cumplido, pues parió á Madama Susana, y la Madre edificó el Convento en la ciudad de Nigien.

Madama Claudia tardó tambien algun tiempo en hacerse preñada: encomendandose ella y el Rey Francisco su marido al Santo, y prometieron hacerse Terceros de su órden si Dios les diese un hijo, y que le llamarian Francisco, y fué Nro. Señor servido, que á poco tiempo tuvie-

ron el deseado hijo, á quien llamaron Francisco segundo y los padres se hicieron Terceros; de los cuales, y otros milagros despues se originó la devocion, que se le hace al Santo de las Misas de los trece Viérnes, que el hacerse en Viérnes mas que en otro dia fué por la devocion que tuvo el Santo con la Pasion de Cristo Nro. Señor, y tambien por haber muerto en Viérnes, como su Divina Magestad, y el que fuesen trece fué en memoria de Cristo, y sus Apóstoles.

Habiéndose empleado el bendito Padre sesenta y un años de su dichosa edad en tan maravillosas obras, teniendo en todo por fin la gloria de Dios Nro. Sr. y el servicio de la universal Iglesia, se le fué acercando

el plazo forzoso de su muerte, lo cual conocido por él (por Divina revelacion) comenzó á disponer sus cosas, y las de su Religion. Confesose generalmente, purificando mas su siempre pura y limpia conciencia, y llegado ya al último lance de su jornada, el Jueves Santo del año de mil quinientos y siete, ayunando toda aquella Cuaresma, como si fuera muy robusto, con su acostumbrado baculo, bajó á la Iglesia, asistió á la Misa Conventual, y recibió en ella con devocion y lágrimas por viático el Santísimo Sacramento de la Eucaristia, y despues de haber agradecido á Dios este favor, se volvió á su Celda; y estándose en ella largo rato en las Divinas alabanzas, mandó llamar á todos los Reli-

giosos que á la sazon se hallaron en aquel su Convento de Turón, y les hizo una tan devota y santa plática, que les ocasionó á destilar copiosas lágrimas, por darles cuenta de como ya se acercaba el fin de sus dias, en que era forzoso ausentarse de ellos, para no verlos mas. Encargoles mucho la paz, la obediencia á sus superiores, el cumplimiento de las obligaciones de sus estados, el despego de las cosas temporales y la solicitud en procurar las eternas, y otras cosas de gran utilidad y edificacion; y despues, como verdadero discípulo, é imitador de Cristo Nro. Sr. lavó los pies á doce de sus súbditos, con gran humildad y habiendo cumplido con estas piadosas, y egemplares acciones, llamó ante sí al ve-

nerable Padre Fr. Bernardo de Cropulató, Religioso de conocida virtud, prudencia y gobierno, y nombrole por su Vicario General. Entregole los sellos del Oficio, encargole la vigilancia debida en administrarle, y á todos que le obedeciesen como á Padre y Superior. Hecha esta accion se retiró á su pobre y penitente cama, y pidió le administrasen la Santa Extrema-Uncion, y la recibió con profunda humildad y copiosas lágrimas.

El Viérnes Santo siguiente por la mañana, hallándose el bendito Padre San Francisco de Paula confortado por el Señor para su dichosa jornada, comunicó algunas cosas con el Padre Vicario General en materia del gobierno, y á la hora de cele-

brarse los Divinos Oficios, pidió á un Sacerdote, que le leyese la Pasion de Cristo Nro. Redentor, segun la refiere San Lucas; escuchola con tierno afecto, y al pronunciar aquellas tan sentidas, como amorosas palabras: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu, hizo sobre sí el Santo varon la señal de la Cruz, y las repitió fervorosa y dulcemente; y luego despidió su santísima alma, con un inflamado y tierno suspiro, entregándosela á su Criador, á la misma hora en que Jesucristo Nro. Redentor espiró en la Cruz, quedando su Santo Cuerpo tan venerable y tratable, y con un olor tan maravilloso, y celestial que parecia una viva semejanza de los ya gloriosos.

Ocasionó su muerte, no solo á los Religiosos sus hijos, sino tambien á todos los que le conocian, increible pena, así por lo que le amaban, como por la falta que sabia habia de hacer á todos, como tan caritativo y milagroso Padre, en todas sus necesidades y desconsuelos. Sacaron despues sus lastimados hijos el Santo cuerpo á la Iglesia, y le pusieron decentemente en su ataud en la capilla mayor, para que todos gozasen de su vista; hicieronle los acostumbrados Oficios, con intento de darle sepultura; pero en breve tiempo concurrió tanta gente, que se llenó toda la Iglesia, de suerte, que no dió lugar á que se le diese sepultura al Santo cuerpo en once dias, haciendo Nro. Sr. en este tiempo por

su intercesion muchos milagros con los enfermos y afligidos que de diversas partes venian á pedirle consuelo, sin que en tantos dias se sintiese mal olor, ántes la fragrancia, que despedia de sí el Santo Cuerpo era tan suave, que convidaba á todos á que le acompañasen. Finalmente, al onceno dia, habiéndose congregado en la Iglesia de aquel santo convento de JESUS MARIA de Turón gran concurso de gente Eclesiástica y Secular, colocaron el Santo cuerpo en un nuevo y misterioso sepulcro, que algunos Ciudadanos de Turón en aquellos dias trajeron al Convento para este fin, hecho de una hermosa y bien labrada piedra, donde quedó con decencia, y veneracion. Fuese despues con-

tinuando la devocion de los Fieles, visitando de ordinario el sepulcro del Sto. no cesando Nro. Sr. de hacer multiplicados favores á todos, por medio de su santa intercesion.

Entre otros milagros que hizo el Santo en los dias que estuvo sin ser sepultado, fuéron los siguientes.

Sanó una muger que habia caido de una cabalgadura, y se habia quebrantado el cuerpo llevándola á la presencia del Santo.

Sanó á otra de un zaratan en un pecho, que habia trece meses padecia mucho con él.

A otra de una apostema en la garganta.

Tambien sanó á otras dos mugeres, que padecian grandes melancolias.

Asimismo sanó á una niña, que de un recio corrimiento de ojos habia ya perdido la vista del uno, é iba perdiendo la del otro.

A un niño se le habia atravesado una espina en la garganta, y no habia remedio para poderla quitar; llevaronle á tocar en el Sepulcro del Santo, y al punto echó la espina, y quedó sano.

Otra Doncella que padecia gota coral sanó tambien, tocándole.

Una múger tuvo mucho tiempo inflamado el rostro; rogó al Sto. la sanase, é iria luego á visitar su santo sepulcro, y en breve se halló sana.

Fué en su tiempo este glorioso Fundador muy favorecido y venerado de muchos Principes y Señores que ó lo conocieron, ó tuvieron

noticia de sus heróicas virtudes y milagros; y no solo duró este miéntras vivió, sino aun despues de su dichosa muerte. En vida queda ya tocado los favores que le hizo el arzobispo de Cosencia Pirro en los principios de sus fundaciones; pero despues en Florencia, aquel gran Principe Don Cosme de Medicis; en Nápoles el Rey Don Fernando el primero; en Roma el Papa Sixto cuarto, y despues Julio segundo, y otros Pontifices, y en Francia los Reyes Luis onceno, Cárlos octavo, Luis doce, y otros Señores deudos suyos, honrando todos sobremanera á nuestra minima Religion, no solo con favores particulares, sino tambien con hacerse Terceros de ella; imitándolos la Reyna Claudia, y

Luisa de Saboya su madre, y otras devotas Señoras, y despues lo fué tambien desde niña la Reyna Doña Isabel de la Paz, hija de Enrico segundo. Despues de la muerte del Santo no han faltado personas, que han conservado sus devotas memorias, entre las cuales fué el Papa Gregorio XIII que habiendo hecho fabricar una grandiosa sala en el palacio del Vaticano de Roma, y adornarla con insignes milagros de Santos, mostrando el piadoso afecto que tuvo al Sto. Paulano, hizo pintar en ella los dos famosos milagros ya referidos de la Calera de Paula; y el tránsito sobre el manto por el Faro, y mar de Mecina. Tambien concedió en favor de nuestra Religion aquel grandioso Jubileo (de Toties

quoties) que se gana cada año, el dia que se celebra su Fiesta.

En los demas dones y gracias, que nuestro Señor comunicó á su Siervo, fué uno el de aquietar los ánimos de los que los tenian alterados: probará esto la relacion de dos casos. Estando el Santo en la fundacion del convento de Paula, fué en su busca un hombre rico (llamado Carbonél) como un Leon furioso á reñir con él, sobre decir, que por causa de la obra que se hacia en el Convento, se les seguia notable daño á unos molinos suyos, por menoscabarle el agua diciendo, que si aquello no se remediaba, pondria fuego al Convento. Llegose á la puerta de la Celda con ánimo de abrirla por fuerza; pero apenas puso

las manos en ella, cuando oyó dentro una tan suave, y celestial música, que le obligó á reportarse. Miró por entre la puerta, y alcanzó á ver al Sto. elevado en el ayre, gozando de los celestiales favores que Dios le comunicaba; con lo cual se bajó á la Iglesia muy arrepentido de su enojo, y dió gracias á Dios por la merced que le habia hecho en haber permitido participase de tan celestial consuelo, estando en esto vió junto á sí al Santo el cual le dijo: en caridad, nuestro hermano, que es mayor daño el de la ira, que la pérdida de los bienes de la tierra: A lo cual respondió, yo estoy muy pesaroso de mi colera; y asi, no hay que tratar mas de ello, sino que os tomeis los molinos para vuestro Con-

vento, que yo os los quiero dar, por que me encomendeis á Dios. Agradeciole el Santo la limosna, y se volvió á su casa muy trocado.

Estando despues el Santo en Turón, dió el hábito á un mancebo, hijo de otro hombre rico. Enojose el tal con el Sto. por haberle recibido sin su órden, fué á reñir con él sobre el caso, y el Santo le dijo tales razones, que luego se le pasó el enojo, y alabó á Dios por lo hecho.

CAPITULO VII Y ULTIMO.

En que se trata de los progresos de la Minima Religion despues de la muerte de su Sto. Fundador, de su Beatificacion, Canonizacion, y otras cosas.

Habiendo gobernado nueve meses el venerable Padre Vicario General Fr. Bernardino de Cropulato los veinte y cinco Conventos, que habia entónces, se celebró en Roma el primer capitulo general, en el cual salió electo General el R. P. Fr. Francisco Viter, persona benemerita de tal dignidad. Este venerable Padre en su trienio comenzó á disponer la materia para la bea-

tificacion de nuestro Sto. Fundador, y despues habiendo sucedido en el oficio de General el Reverendisimo P. Fr. German Lieonet, lo fué continuando, ayudándole mucho el referido Padre Viter, fuéron á Roma á suplicarle á su Santidad se sirviese mandar proceder á la averiguacion de lo necesario, para la beatificacion del Sto. Fundador, Recibió su Santidad á los Padres benignamente, confirmó las Reglas de la órden, de suerte, que en todo comenzó su Santidad á manifestar el piadoso afecto que tenia á nuestro Sto. Fundador, mediante el cual, y el patrocinio de los Sres. Reyes de Francia, muy en breve se vieron logradas las solícitas diligencias de sus hijos, pues dentro del primer año de su Pontificado,

que fué el de mil quinientos y trece, le declaró Beato, y licencia para que en toda nuestra Religion se pudiese rezar de él; y tambien la dió para que se pudiese pintar su imágen, y tenerla en todas las Iglesias de la órden.

Habiendo cumplido con esta tan precisa obligacion, se comenzó á manifestar en el convento de la Trinidad del monte de Roma el comun gozo de todos sus moradores, con campanas, luminarias y regocijos con no ménos aplauso y gozo de los ciudadanos devotos del Santo.

Fuéron despues haciendo recuerdos los Superiores á su Santidad sobre la Canonizacion; y en breve mandó remitir los despachos necesarios á los Ordinarios de Calabria y Paris,

para que hiciesen inquisicion de todo lo concerniente; dentro de poco tiempo remitieron al Pontifice Leon cumplidas informaciones de lo que se les pedia.

Entre otros que favorecieron la causa de la Canonizacion con muchas veras, fué uno el Conde de Arenas Juan Francisco (hijo del otro conde Juan Nicolao) de quien ya queda hecha mencion. Este Caballero escribió al Pontifice Leon á este fin una carta tan devota y eficaz, que pudo mover mucho la voluntad de su Santidad para favoreçer la pretension. Dijole en ella, entre otras cosas, que sus Padres los Condes de Arenas habian recibido muchas misericordias de Dios por la intercesion de San Francisco de Paula, como él

mismos se las habia oido referir; que él habia nacido por las oraciones del Sto. y que á su devocion le habian llamado Francisco. Que habiendo ido su Padre á la conquista de Otranto, y alcanzado victoria de los Moros, que la tenian ocupada, no habian muerto de su gente sino solo un Soldado, que habia desestimado las candelas benditas, que les habia dado el Santo para su defensa; mas que habiendo habido peste en el ejército, á nadie de los soldados de su parte se le habia pegado. Que el mismo conde Juan Francisco habia tenido á dos hijos suyos enfermos de peligro, y habian sanado por la intercesion del Santo: que la Condesa su muger en dos ocasiones habia alcanzado salud milagrosa,

aplicandole en la una un cordon del Santo, y en la otra unas disciplinas bañadas con su sangre: Que habiendole dado á este Caballero, un Religioso Minimo, un pedazo de la túnica que habia traido èl Sto. á peticion de muchos y por su devocion, él mismo habia dividido el pedazo en mas de veinte partes, y distribuidolas en otras tantas personas y que cuando pensó se habia acabado el pedazo principal de la túnica, halló que se habia aumentado mas, de suerte, que tuvo que repartir entre otras cien personas, que por su devocion le pedian: y que despues de todo lo dicho, halló en una mano de las suyas siete pedacitos de sobra, con notable admiracion suya, y de muchos de los que habian visto el

principal pedazo de la túnica, y el gran repartimiento, que de él se habia hecho. Mas dijo que él tenia en su Oratorio una imágen y pintura del Santo, y que una noche sucedió salir de ella tan gran luz y resplandor, que aclaró toda la casa, con admiracion de todos los que lo vieron, y que en otra, estando haciendo oracion delante de dicha Imágen cierto Religioso Cartujano, afirmó haber visto salir de ella muchos resplandores.

Viendo el Pontifice la referida carta, y otras muchas suplicas de grandes Sres. que instaban, en que se sirviese de proceder á la Canonizacion del ya Beato varon Francisco, deseando acudir á sus ruegos y cumplir con su obligacion, mandó

señalar dia en que se congregase el Consistorio, y habiéndose todo relatado y hallándose muy á satisfaccion, procedió su Santidad á la Canonizacion, en primero del mes de Mayo de mil quinientos diez y nueve, á los doce años y un mes de su dichoso tránsito, pronunciando en tan célebre acto, entre otras, las palabras siguientes: A honra y gloria de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo, y Espíritu Santo, y ensalzamiento de la Fé Católica, aumento de la Religion cristiana, consuelo y acrecentamiento de la órden de los Mínimos, por la autoridad de nuestro Sr. Jesucristo, y de sus Bienaventurados Apóstoles San Pedro y San Pablo, y nuestra, por especial consejo, y consentimiento de nuestros

Hermanos: Declaramos y determinamos, que S. Francisco de Paula, de buena memoria, Fundador de la orden de los Minimos, está ya recibido en la celestial Jerusalen, entre los Coros de los Bienaventurados, y dado graciosamente á la vida eterna: y declaramos, que debe ser escrito en el catálogo de los Santos, como de hecho le escribieron; y declaramos, que como verdaderamente Santo, debe ser honrado en público, y en secreto, señalando, que su fiesta se haya de celebrar todos los años en dos dias del mes de Abril, por la universal Iglesia y que todos los fieles Cristianos puedan con mucha esperanza pedirle en sus oraciones, dandole todos, y cada uno los honores, que se dan á los

Santos Confesores, escrito en este catálogo, &c.

En el convento de la Trinidad del Monte, y en los demas de la Religion, mostraron bien sus hijos su general júbilo y regocijo. Ademas de los favores, que el Pontifice hizo á nuestra órden, fué uno disponer, que se le ordenase al Santo propio oficio para su festividad; y mandó, que en nuestra Religion se rezase de él cada año doble con octava, y en la universal Iglesia, doble comun, como consta de la Bula, expedida por su mandado en 1521, lo cual despues aprobaron los Sumos Pontifices Sixto quinto, Paulo quinto y sus sucesores.

Viviendo en Roma en nuestro convento el Padre Fr. Diego de la

Mota (Español de nacion) por los años de 1527 (20 años despues de la muerte del Santo) enfermó de suerte, que llegó á estar á lo último de la vida; viéndose tan al cabo, encomendóse al Santo, y le prometió, que si le alcanzaba de Dios salud, iria desde Roma á Turón á visitar su Santo Sepulcro. Fué Dios servido oirle y en breve sanó, y fué á cumplir su promesa. Llegó á Turón, rogó al Prelado le abriese el Santo Sepulcro: hicieronlo asi, y el dicho Padre y otros muchos Religiosos veneraron el Sto. Cuerpo, hallándole tan entero, fresco y oloroso, como podia estar cuando allí le colocaron.

Por aquel tiempo habian traido á Roma una muger principal para sacarle los malos espiritus, que la te-

nian poseida. Rogaron á un Padre de nuestra órden la conjurase: el Religioso les dijo lo haria, y que confiando en Dios, y en los méritos de nuestro glorioso P. S. Francisco (de quien tenia allí un Cordon) se prometia buen suceso. Sacó el cordon, y echole al cuello á la enferma y mandó á los espiritus saliesen. Respondió ella por ellos, que no querian salir, hizo instancia el Religioso en que habian de salir por los méritos de San Francisco de Paula, comenzola á conjurar, y apretarla con el cordon, con que fué Dios servido que saliesen, diciendo: Siempre me vences Francisco, yo me vengaré en tus Frayles; y quedó libre la enferma.

En nuestro convento de Perpi-

ñan (titulado de San Francisco de Paula) fabricaba el claustro Pedro de Torres, maestro de obras, y estando en lo alto, cayó, y se quebró un brazo y dos costillas. Llevaronle á su casa, y pidió el enfermo le llevasen una reliquia del hábito de nuestro Padre que tiene aquel Convento; llevaronsela y con gran fé y devocion dijo estas palabras: P. S. Francisco, en vuestra casa me sucedió el daño, dadme la salud. Quedose allí la reliquia, y la noche siguiente se encomendó muy de veras al Sto. y cerca del amanecer tuvo un gustosisimo sueño; le oian hablar, sin saber con quien, como sino estuviera enfermo. Deseoso un hijo suyo de saber, qué fuese aquello, y con quien hablaba su padre, entró en el aposento, y

quedose admirado de ver un gran resplandor, acercose á la cama, y preguntó á su padre como se hallaba. Y el padre le dijo, que le pesaba mucho que hubiese entrado, por que estaba con él el glorioso P. S. Francisco de Paula consolándole, y poniéndole sus benditas manos sobre las heridas, y prosiguió diciendo: Aunque me ha dado Dios salud por su intercesion, estimara en mas que la vida oir las dulces palabras, que me decia, lo cual me estorbasteis con vuestra venida. Dadme los vestidos, porque yo gracias á Dios, ya estoy bueno. Entretuvieronle hasta que le viesen los Cirujanos, y habiéndole visto sano, y sin señal de heridas, alabaron al Sr. y él se levantó, y fué al Convento á darle gracias al Santo

por la merced recibida.

En la misma villa de Perpiñan enfermó una muger de perlesia, le sobrevino una gran erisipela en el rostro, que la tenia muy mostruosa. Dijeronle, que enviase á nuestro Convento, por la referida reliquia del glorioso P. S. Francisco. La enferma (que no le era muy devota) hacia poco caso de la reliquia; pero á persuasion de las amigas, dijo se la llevasen: llevaronsela dos Religiosos, y aplicándosela, quedó sana de ambos achaques, y mas devota del Santo que solia.

Tambien succedió á otra muger devota del Santo un caso notable y fué, que mal informados dos hombres de que ella les habia hecho cierto agravio, se resolvieron á ma-

tarla. La aguardaron un dia al salir de la Iglesia, y viendo ella, que la acometian, dijo en voz alta: P. San Francisco de Paula, favorecedme, pues sabeis estoy sin culpa: apenas habia acabado de decir las referidas palabras, cuando vió á su lado un Religioso venerable y anciano, qúe procuraba con gran diligencia defenderla de sus enemigos; y aunque ellos llegaban tal vez á darle sobre las tocas, en ninguna manera pudieron herirla, y juntándose mucha gente al ruido, cesó la pendencia, la muger quedó sana, y fué á darle gracias al Santo en su Iglesia.

En la referida Villa le tienen por Patron, y le hacen en su dia gran fiesta, y procesion general, reconociendo haber sido libres de peste

dos veces por su intercesion, y haber recibido otros muy particulares favores del Santo.

El año de 1602 hubo en la Isla de la Habana una rigorosa peste, y por haber alli algunos soldados Españoles devotos del Santo dispusieròn se le hiciese una gran fiesta con solemne procesion en su mismo dia á los dos de Abril, y fué Dios servido, que cesó luego el contagio en toda la Isla.

Viviendo el Santo en el convento de Paterno, acudieron á su caridad dos mugeres casadas estériles, que la una habia quince años estaba casada sin haber concebido, y la otra diez, y rogaron al Santo suplicase á Nro. Señor se sirviese darles el fruto de bendicion; el Santo la oyó

y les ordenó dejasen ciertas ocasiones que las inquietaban, que se confesasen y comulgasen, y viviesen bien, y rezasen en cada uno de trece Viérnes cinco veces el Pater noster con Ave Maria: lo cual ejecutado por ellas, cesó su esterilidad, y parieron algunas veces felizmente.

El Duque de Mompeller en Francia, Ludovico de Borbon, y la Duquesa su muger, penosos de no tener sucesion en algun tiempo de matrimonio, prometieron al Sto. rezarle todos los Viérnes un año cinco veces el Pater noster, y Ave Maria, por que suplicase á nuestro Señor les diese sucesion; y que si se la daba, pondrian á la criatura su nombre, y fué Dios servido oir sus ruegos; de suerte, que al fin del año de

sus devociones ya tenia una graciosa niña (que se llamó madama Francisca de Borbon) y fuéron tan agradecidos estos Señores, que en breve edificaron un convento de nuestra orden en su villa de Compini, que es en la provincia de Turón.

En la villa de Milazo en Sicilia sucedió, que habiendo quedado viuda una Señora principal, con tres hijas doncellas, un Caballero deudo del marido difunto le puso un pleito injusto pretendiendo desposeerla de la hacienda que le habia dejado para remediarse ella y sus hijas: fué siguiendo el pleito, y como el Caballero era mas inteligente, que la viuda, y le solicitaba con mas cautela que justicia, llegó á alcanzar dos sentencias en su favor. La buena Se-

ñora viuda apeló de ellas; y viendose afligida y desconsolada, tomó por su especial Abogado al glorioso San Francisco de Paula, prometiéndole ir á su Convento trece Viérnes descalza con sus hijas, y oir en él las trece Misas de su devocion, confiando en su patrocinio tendria mejor suceso en la tercera sentencia. Cumplieron las devotas Señoras su promesa, y fué Dios servido oir sus ruegos de suerte, que estando acabando de oir la última Misa de las trece, llegó una criada á decirle diesen gracias á Dios, y al Santo porque ya habia salido en su favor la sentencia difinitiva, por lo que se las dieron muy cumplidas, asi ellas, como los Religiosos, á su peticion. Tuvo noticia de lo referido una buena mu-

ger de la misma villa de Milazo, que habia algun tiempo tenia cautivo á su marido en Constantinopla, y pareciole seria bien hacer ella la devocion de los trece Viérnes, porque Dios dispusiese, por la intercesion del Santo, la libertad de su marido. Comenzó la devocion con gran fé, y confianza de que tambien sus suplicas serian oidas, y salióle tan bien, que el último Viérnes volviéndose á su casa desde la capilla del Santo, de dar fin á su devocion, halló á su marido á la puerta de su casa con el trage, y prisiones con que poco ántes estaba en Constantinopla, con notable admiracion de ambos y copiosas lágrimas de gozo. Preguntole la muger, como habia venido asi, solo y con prisiones? Y el respondió

yo, hermana, no se mas de que no ha dos horas, que estaba en una mazmorra en Constantinopla, y que llegó á mí un venerable Religioso, de la manera que pintan á S. Francisco de Paula, el cual cogiéndome del brazo me trajo libre, y sin peligro, asi por la tierra, como por el mar, caminando velocisimamente, y me dejó aqui como me ves. Tuvo este milagro una extraordinaria circunstancia, y fué, que solia acompañar á la muger del cautivo en sus devociones un niño de cinco, ó seis años sobrino suyo, el cual á veces miéntras su tia rezaba, se dormia junto al Altar: Este niño estando amasando pan la tia, tres ó cuatro dias ántes le dijo: Tia, haga una torta para mi tio, que vendrá presto.

Como sabes tú que vendrá presto? dijo ella; y el respondió: por que lo dijo el Santo Viejo, que está en la Iglesia, estando yo junto á su Altar. Por todo lo cual dieron á Dios muchas gracias, y á su Santo los devotos casados, y todos los demas, que alcanzaron á saber tan maravilloso, y extraordinario milagro, que fué muy notorio en aquella villa, y comarca. El niño en creciendo recibió nuestro Santo hábito, profesó en nuestra Religion, vivió muy egemplarmente, y se llamó Fr. Domingo de Milato.

Aunque otros algunos milagros están haciendo instancia, para que los saque á luz, ya solo pienso referir con que dar fin á este compendio, acabando por el Convento de

Paula, que és por donde comenze á esparcirlos. Celebrandose capitulo difinitorio en el dicho Convento de la ciudad de Paula el dia del Arcangel San Miguel á 29 de Septiembre del año de 1618 en hacimiento de gracias por el buen suceso del capitulo, se hizo una devota procesion desde la Iglesia, hasta una capilla muy suntuosa que se labró conjunta á la calera, donde (como queda referido) sucedió aquel gran milagro de entrar dentro de ella el glorioso Patriarca y Padre nuestro S. Francisco de Paula estando ardiendo, sin que las llamas le ofendiesen, ni tocasen. Yendo, pues, en esta Procesion todos los Padres Capitulares, y Conventuales con sus velas encendidas, en la distancia del trecho, que

se habia de andar, se levantó un viento recio, que apagó todas las luces, que llevaban en la procesion. Deseosos los Religiosos de volver á encender las velas no hallaron luz á mano para ello; pero en llegando enfrente de la milagrosa calera, salió instantaneamente de ella una claridad y llama visible y hermosa, que á un mismo tiempo encendió todas las velas que habia apagado el viento, con notable admiracion, no solo de los Religiosos, pero tambien de mas de doscientas personas Seglares que iban en la procesion.

Habiéndose ya dicho, que despues del tránsito de nuestro glorioso Padre San Francisco de Paula, su Santo cuerpo fué puesto y colocado decentemente en un sepulcro

nuevo de piedra, y que á veinte años despues fué abierto este sepulcro, á peticion de un padre Español, que fué desde Roma á Turón á visitarle, será bien decir ahora, para los que no lo saben, lo que sucedió despues con el Santo cuerpo, que es muy digno de saberse.

Siendo, pues, el Santo Cuerpo tan aborrecido y execrado de los infieles, y hereges Calvinistas, y Hugonotes de aquellos tiempos, como venerado y estimado de los fieles Cristianos: sucedió, que habiendo entrado en Turón los tales Hereges por fuerza de armas, y saqueado aquella gran Ciudad por los años de 1572 cincuenta y cinco despues de la muerte del Santo, entendiendo ellos, que el venerable y

Sto. Cuerpo estaria en alguna rica, y preciosa caja de plata (como muchos años ántes otros Hereges, sus antecesores, habian hallado el del glorioso obispo San Martin en la misma Ciudad) para robarla, y llevarsela, fuéron á aquel nuestro convento de JESUS MARIA con este sacrilego intento; pero habiendo abierto el Sepulcro de piedra, y hallado en él el Sto. Cuerpo humilde, y honestamente colocado, y no viendo lo precioso que buscaban (burlados de su codicia, y ciegos de su malicia) sacaron de él el Santo cuerpo con desprecio y atrocidad, con resolucion de quemarle; y no hallando leña á mano, haciendo astillas los Crucifijos, Cruces, é Imágenes que habia en la Iglesia, hicieron fue-

go y le quemaron, maltratando á los Religiosos que procuraron impedirselo, y en particular á un venerable anciano llamado Fr. Eustaquio Abril que se mostró mas fervoroso en la defensa, como persona que habia recibido el hábito de mano del Santo Fundador, y le era devotisimo hijo, de suerte, que á este le dieron tantos golpes y palos, que murió de ellos dentro de pocos dias.

Pasada aquella tan rigorosa, y atroz tempestad, recogieron los Religiosos las Santas Reliquias de su amado y glorioso P. (que el fuego no habia consumido) y las veneraron, y guardaron con devocion: de las cuales despues por disposicion de los Superiores, que han gobernado nuestra Minima Religion, se han

distribuido algunas por los Conventos de ella, de que tambien cupo parte á este de nuestra Señora de la Victoria de Madrid, por medio de las cuales ha obrado nuestro Señor muchos milagros con personas enfermas y afligidas, á quienes de ordinario se aplican: que todos toman devotos motivos para alabar y bendecir á nuestro Señor, que tan maravilloso se ha mostrado, y misericordioso siempre con este mi glorioso Patriarca, y los demas Santos.

FIN.

...ros de caminos emprenda el recono-
...nto del Tajo, desde Aranjuez hasta su
...da en el vecino reino de Portugal: te-
...lo á la vista cuantos antecedentes exis-
...cerca de reconocimientos anteriores del
...o rio.

Que concluido este reconocimiento,
...uanto la escasez de ingenieros no per-
...a simultaneidad en las operaciones, se
...que igual reconocimiento del Guadia-
...le su embocadura en las inmediac...
...yamonte hasta donde se considere
...estender su navegacion por medio
...te.

Que por
...len al mi...
...que solicite
...pleta auto...
...eros encar...
...n, estender
...hos rios ha...
...rio, y en e...
...el mismo...

...oncluido que sea el reconocimiento del
...resuelta afirmativamente la cuestion
...ó no practicable su navegacion hasta
...ez, encargará V. S. á uno ...

Novena vespertina al mismo sagrado Corazon de Jesus en la iglesia de relijiosas del Espiritu Santo, siendo distintos los oradores.

En S. Bartolomé á las 5 1/2 de la tarde novena á Ntra. Sra. de la Alegria; orador el Sr. don José M. Herrera del Stmo. Sacramento.

Mañana habrá funcion matutina en dicha iglesia á la misma Stma. Virgen, orador el Sr. don Francisco de P. Gonzalez.

En S. Andres á las 9 1/2 funcion de Corpus por la hermandad sacramental en que predicará el Sr. don José M. Herrera del Stmo. Sacramento.

En la iglesia patriarcal, predicará mañana de la octava el Sr. don Salvador de Utrera.

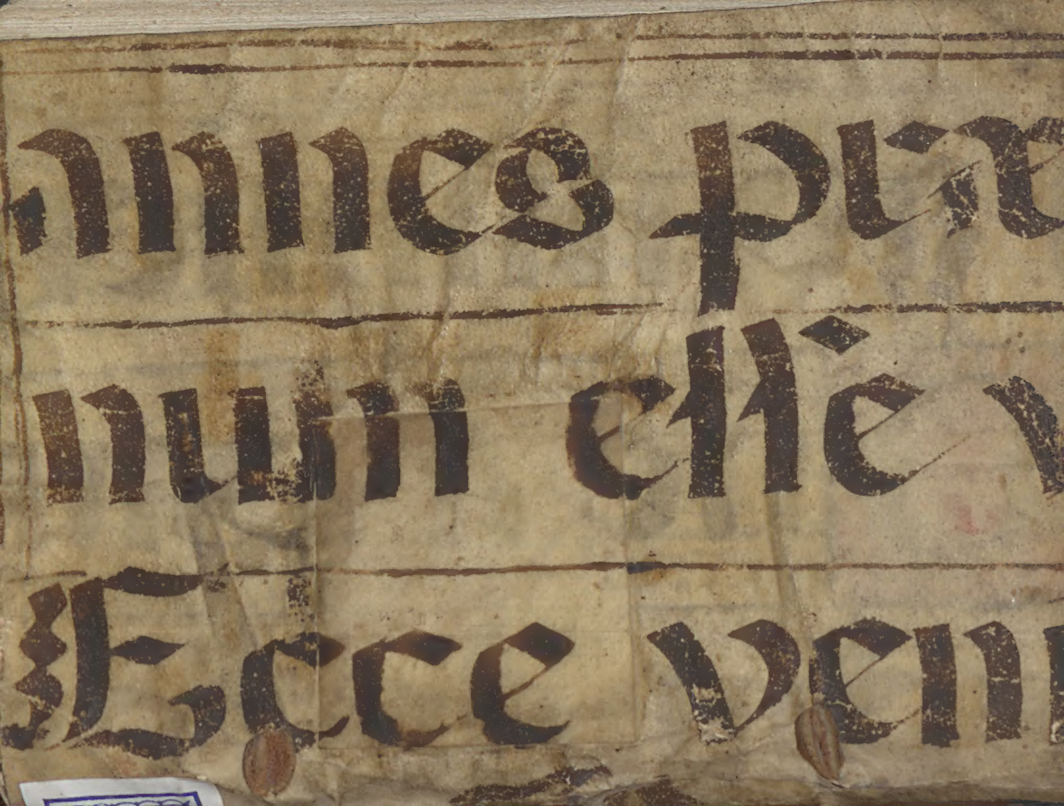
—

... DE LA PLAZA DEL 16 AL 17 DE JUNIO DE 1845.

...i-

CAMBIOS DE SEVILLA DEL DIA 16.

Lóndres 57 1/2. á 3/8—Paris 79—Gibraltar 1/2. daño.—Madrid 1 ben.—Barcelona 1/2 ben.—Valencia 1/2 id.—Cádiz par—Alicante 1. daño.—Málaga


nnes pre
num eſſe v
Ecce ven


MONT 5
6/11